

CERVANTES, MIGUEL DE 1547-616)

*LA NUMANCIA*

PERSONAJES:

CIPIÓN, romano.

JUGURTA, romano.

[GAYO] MARIO, romano.

QUINTO FABIO, romano.

CUATRO SOLDADOS ROMANOS

DOS NUMANTINOS, embajadores.

ESPAÑA

DUERO

[TRES MUCHACHOS, que representan riachuelos]

TEÓGENES, numantino.

CARAVINO, numantino.

CUATRO GOBERNADORES

NUMANTINOS,

MARQUINO, hechicero numantino.

MARANDRO, numantino.

LEONCIO, numantino.

DOS SACERDOTES NUMANTINOS.

UN PAJE NUMANTINO

BARIATO, muchacho, que es el que se arroja de la torre.

SERVIO, muchacho.

UN NUMANTINO.

HERMILIO, soldado romano.

LIMPIO, soldado romano.

LA FAMA.

[SEIS PAJES MÁS, numantinos].

UN HOMBRE NUMANTINO.

MILVIO, numantino,

[UN DEMONIO]

UN MUERTO.

CUATRO MUJERES DE NUMANCIA.

LIRA, doncella.

DOS CIUDADANOS NUMANTINOS.

UNA MUJER DE NUMANCIA.

UN HIJO SUYO.

[OTRO HIJO DE AQUÉLLA].

UN MUCHACHO, hermano de Lira.

UN SOLDADO NUMANTINO.

GUERRA.  
ENFERMEDAD.  
HAMBRE.  
LA MUJER DE TEÓGENES.  
UN HIJO SUYO.  
[OTRO HIJO Y UNA HIJA DE TEÓGENES]

## JORNADA PRIMERA

Entran CIPIÓN y JUGURTA, y MARIO, y QUINTO FABIO, hermano de CIPIÓN, romanos.

CIPIÓN.  
Esta difícil y pesada carga,  
que el senado romano me ha encargado,  
tanto me aprieta, me fatiga y carga,  
que ya sale de quicio mi cuidado.  
Guerra de curso tan estraño y larga,  
y que tantos romanos ha costado,  
¿quién no estará suspenso al acaballa?  
¡A! ¿Quién no temerá de renovalla?

JUGURTA.  
¿Quién, Cipión? Quien tiene la ventura  
y el valor nunca visto, que en ti encierras,  
pues con ella y con él está segura  
la vitoria y el triunfo de estas guerras.

CIPIÓN.  
El esfuerzo regido con cordura  
allana al suelo las más altas sierras,  
y la fuerza feroz de loca mano,  
áspero vuelve lo que está más llano;  
mas no hay que reprimir, a lo que veo,  
la furia del ejército presente,  
que olvidado de gloria y de trofeo,  
yace embebido en la lascivia ardiente.  
Y esto sólo pretendo, esto deseo:  
volver a nuevo trato nuestra gente;  
que, enmendando primero al que es amigo,  
sujetaré más presto al enemigo.  
¡Mario!

MARIO.  
¿Señor?

CIPIÓN.  
Haz que a noticia venga  
de todo nuestro ejército, en un punto,  
que, sin que estorbo alguno le detenga,  
parezca en este sitio todo junto,  
porque una breve plática de arenga  
les quiero hacer.

MARIO.  
Harélo en este punto

CIPIÓN.  
Camina, porque es bien que sepan todos  
mis nuevas trazas y sus viejos modos.

(Vase MARIO.)

JUGURTA.  
Séte decir, señor, que no hay soldado  
que no te tema juntamente y ame;  
y porque ese valor tuyo estremado  
de Antártico a Calisto se derrame,  
cada cual, con feroz ánimo osado,  
cuando la trompa a la ocasión les llame,  
piensa de hacer en tu servicio cosas  
que pasen las hazañas fabulosas.

CIPIÓN.  
Primero es menester que se refrene  
el vicio que entre todos se derrama;  
que si éste no se quita, en nada tiene  
con ellos que hacer la buena fama.  
Si este daño común no se previene,  
y se deja arraigar su ardiente llama,  
el vicio solo puede hacernos guerra  
más que los enemigos de esta tierra.  
(Tocan a recoger, y échase de adentro este bando:)  
Manda nuestro general  
que se recojan, armados,  
luego todos los soldados  
en la plaza principal,  
y que ninguno no quede  
de parecer a esta vista,

so pena que de la lista  
al punto borrado quede.

JUGURTA.

No dudo yo, señor, sino que importa  
regir con duro freno la milicia,  
y que se dé al soldado rienda corta  
cuando él se precipita en la injusticia.  
La fuerza del ejército se acorta  
cuando va sin arrimo de justicia,  
aunque más le acompañen a montones  
mil pintadas banderas y escuadrones.

(Entra un alarde de soldados, armados a lo antiguo, sin arcabuces, y CIPIÓN se sube sobre una peña que estará allí, y dice:)

CIPIÓN.

En el fiero ademán, en los lozanos  
marciales aderezos y vistosos,  
bien os conozco, amigos, por romanos,  
romanos, digo, fuertes y animosos.  
Mas en las blancas delicadas manos  
y en las tecs de rostros tan lustrosos  
allá en Bretaña parecéis criados,  
y de padres flamencos engendrados.  
El general discuido vuestro, amigos,  
el no mirar por lo que tanto os toca,  
levanta los caídos enemigos,  
que vuestro esfuerzo y opinión apoca.  
De esta ciudad los muros son testigos  
que aun hoy están cual bien fundada roca  
de vuestras perezosas fuerzas vanas,  
que sólo el nombre tienen de romanas.  
¿Paréceos, hijos, que es gentil hazaña  
que tiemble del romano nombre el mundo,  
y que vosotros solos en España  
le aniquiléis y echéis en el profundo?  
¿Qué flojedad es ésta tan estraña?  
¿Qué flojedad? Si yo mal no me fundo,  
es flojedad nacida de pereza,  
enemiga mortal de fortaleza.  
La blanda Venus con el duro Marte  
jamás hacen durable ayuntamiento:  
ella regalos sigue, él sigue el arte  
que incita a daños y furor sangriento.  
La cipria diosa estése agora aparte,

deje su hijo nuestro alojamiento,  
que mal se aloja en las marciales tiendas  
quien gusta de banquetes y meriendas.  
¿Pensáis que sólo atierra la muralla  
el ariete de ferrada punta,  
y que sólo atropella la batalla  
la multitud de gentes y armas junta?  
Si el esfuerzo y cordura no se halla,  
que todo lo previene y lo barrunta,  
poco aprovechan muchos escuadrones,  
y menos infinitas municiones.  
Si a militar concierto se reduce  
cualquier pequeño ejército que sea,  
veréis que como sol claro reluce  
y alcanza las vitorias que desea;  
pero si a flojedad él se conduce,  
aunque abreviado el mundo en él se vea,  
en un momento quedará deshecho  
por más reglada mano y fuerte pecho.  
Avergonzaos, varones esforzados,  
porque a nuestro pesar, con arrogancia  
tan pocos españoles, y encerrados  
defiendan este nido de Numancia.  
Diez y seis años son, y más, pasados,  
que mantienen la guerra, y la jactancia  
de haber vencido con feroces manos  
millares de millares de romanos.  
Vosotros os vencéis, que estáis vencidos  
del bajo antojo y femenino, liviano,  
con Venus y con Baco entretenidos,  
sin que a las armas estendáis la mano.  
Correos agora, si no estáis corridos,  
de ver que este pequeño pueblo hispano  
contra el poder romano se defienda,  
y cuando más rendido, más ofenda.  
De nuestro campo quiero en todo caso  
que salgan las infames meretrices,  
que de ser reducidos a este paso  
ellas solas han sido las raíces.  
Para beber, no quede más de un vaso,  
y los lechos un tiempo ya felices  
llenos de concubinas, se deshagan,  
y de fajina y en el suelo se hagan.  
No me güela el soldado a otros olores  
que al olor de la pez y de resina,  
ni por golosidad de los sabores

traiga siempre aparato de cocina;  
que el que usa en la guerra estos primores,  
muy mal podrá sufrir la coracina.  
No quiero otro primor ni otra fragancia  
en tanto que español viva en Numancia.  
No os parezca, varones, escabroso  
ni duro este mi justo mandamiento  
que al fin conoceréis ser provechoso,  
cuando aquél consigáis de vuestro intento.  
Bien sé se os ha de hacer dificultoso  
dar a vuestras costumbres nuevo asiento;  
mas si no las mudáis, estará firme  
la guerra, que esta afrenta más confirme.  
En blandas camas, entre jüego y vino  
hállase mal el trabajoso Marte;  
otro aparejo busca, otro camino,  
otros brazos levantan su estandarte.  
Cada cual se fabrica su destino,  
no tiene allí fortuna alguna parte:  
La pereza, fortuna baja cría;  
la diligencia, imperio y monarquía.  
Estoy con todo esto tan seguro  
de que al fin mostraréis que sois romanos,  
que tengo en nada el defendido muro  
de estos rebeldes bárbaros hispanos.  
Y así os prometo por mi diestra y juro  
que sí igualáis al ánimo las manos,  
que las más se alarguen en pagaros,  
y mi lengua también en alabaros.

(Míranse los soldados unos a otros, y hacen señas a uno de ellos, que se llama GAYO MARIO, que responda por todos, y dice:)

MARIO.

Si con atentos ojos has mirado  
ínclito general, en los semblantes  
que a tus breves razones han mostrado  
los que tienes agora circunstantes,  
cual habrás visto sin color, turbado,  
y cual con ella; indicios bien bastantes  
de que el temor y la vergüenza a una  
los aflige, molesta e importuna.  
Vergüenza de mirar ser reducidos  
a término tan bajo por su culpa,  
que viendo ser por ti reprehendidos,  
no saben a esa falta hacer disculpa;

temor de tantos yerros cometidos,  
y la torpe pereza, que los culpa,  
los tiene de tal modo, que se holgaran  
antes morir, que en esto se hallaran.  
Pero el lugar y tiempo que les que da,  
para mostrar alguna recompensa,  
es causa que con menos fuerza pueda  
fatigarte el rigor de tal ofensa.  
De hoy más con presta voluntad y leda  
el más mínimo de éstos cuida y piensa  
de ofrecer sin revés a tu servicio  
la hacienda, vida, honra en sacrificio.  
Admite, pues, de sus intentos sanos  
el justo ofrecimiento, señor mío,  
y considera al fin que son romanos,  
en quien nunca faltó del todo brio.  
Vosotros, levantad las diestras manos  
en señas que aprobáis el voto mío.

SOLDADO 1.º

Todo lo que habéis dicho confirmamos.

SOLDADO 2.º

Y lo juramos todos.

TODOS.

Sí, juramos

CIPIÓN.

Pues arrimada a tal ofrecimiento,  
crece ya desde hoy más mi confianza,  
creciendo en vuestros pechos ardimiento,  
y del viejo vivir nueva mudanza.  
Vuestras promesas no se lleve el viento,  
hacedlas verdaderas con la lanza;  
que las más saldrán tan verdaderas,  
cuanto fuere el valor de vuestras veras.

SOLDADO 1.º

Dos numantinos con seguro vienen  
a darte, Cipión, una embajada.

CIPIÓN.

¿Por qué no llegan ya? ¿En qué se detienen?

SOLDADO 1.º

Esperan que licencia les sea dada.

CIPIÓN.

Si son embajadores, ya la tienen.

SOLDADO 1.º

Embajadores son.

CIPIÓN.

Daldes entrada,  
que aunque descubran cierto falso pecho,  
al enemigo siempre de provecho,  
jamás la falsedad vino cubierta  
tanto con la verdad, que no mostrase  
algún pequeño indicio, alguna puerta  
por donde su maldad se investigase.  
Oír al enemigo, es cosa cierta  
que siempre aprovechó más que dañase;  
y en las cosas de guerra, la experiencia  
muestra que lo que digo es cierta ciencia.

(Entran dos NUMANTINOS, embajadores.)

NUMANTINO 1.º

Si nos das, gran señor, grata licencia  
decirte he la embajada que traemos.  
Do estamos, o ante sola tu presencia,  
todo a lo que venimos te diremos.

CIPIÓN.

Decid, que a dondequiera doy audiencia.

NUMANTINO 1.º

Pues con ese seguro que tenemos,  
de tu real grandeza concedido,  
daré principio a lo que soy venido.  
Numancia, de quien yo soy ciudadano  
íncrito general, a ti me envía,  
como al más fuerte capitán romano,  
que ha cubierto la noche y visto el día,  
a pedirte, señor, la amiga mano  
en señal de que cesa la porfía  
tan trabada y cruel de tantos años,  
que ha causado sus propios y tus daños.  
Dice que nunca de la ley y fueros  
del senado romano se apartara,



si el insufrible mando y desafueros  
de un cónsul y otro no le fatigara.  
Ellos, con duros estatutos fieros,  
y con su estraña condición ayara,  
pusieron tan grande yugo a nuestros cuellos,  
que forzados salimos de él y de ellos».  
Y en todo el largo tiempo que ha durado  
entre ambas partes la contienda, es cierto  
que ningún general hemos hallado  
con quien poder tratar algún concierto.  
Empero agora, que ha querido el hado  
reducir nuestra nave a tan buen puerto,  
las velas de la guerra recogemos,  
y a cualquiera partido nos ponemos.  
No imagines que temor nos lleva  
a pedirte las paces con instancia,  
pues la larga esperiencia ha dado prueba  
del poder valeroso de Numancia.  
Tu virtud y valor es quien nos ceba,  
y nos declara que será ganancia  
mayor que quantas desear podemos  
sí por señor y amigo te tenemos.  
A esto ha sido la venida nuestra;  
respóndenos, señor, lo que te place.

#### CIPIÓN.

¡Tarde de arrepentidos dais la muestra!  
Poco vuestra amistad me satisface;  
de nuevo, ejercitad la fuerte diestra,  
que quiero ver lo que la mía hace;  
ya que ha puesto en ella la ventura  
la gloria nuestra, y vuestra sepultura.  
A desvergüenza de tan largos años  
es poca recompensa pedir paces.  
Seguid la guerra y renovad los daños,  
salgan de nuevo las valientes haces.

#### NUMANTINO 1.º

La falsa confianza mil engaños  
consigo trae. Advierte lo que haces,  
señor, que esa arrogancia que nos muestras,  
renovará el valor en nuestras diestras.  
Y pues niegas la paz, que con buen celo  
te ha sido por nosotros demandada,  
de hoy más la causa nuestra con el cielo  
quedará por mejor calificada.

Y antes que pises de Numancia el suelo,  
probarás do se estiende la indignada  
furia de aquel que, síéndote enemigo,  
quiere ser tu vasallo y fiel amigo.

CIPIÓN.

¿Tenéis más que decir?

NUMANTINO 1.º

No, mas tenemos  
que hacer, pues tú, señor, ansí lo quieres,  
sin querer la amistad que te ofrecemos,  
correspondiendo mal de ser quien eres.  
Pero entonces verás lo que podemos,  
cuando nos muestres tú lo que pudieres;  
que es una cosa razonar de paces,  
y otra romper por las armadas haces,

CIPIÓN.

Verdad decís; y ansí, para mostraros  
si sé tratar en paz y obrar en guerra,  
no quiero por amigos acetaros,  
ni lo seré jamás de vuestra tierra.  
Y con esto, podéis luego tornaros.

NUMANTINO 1.º

¿Que en esto tu querer, señor, se encierra?

CIPIÓN.

Ya te he dicho que sí.

NUMANTINO 2.º

Pues, ¡sus! al hecho,  
que guerras ama el numantino pecho,

(Vanse los embajadores, y dice QUINTO FABIO, hermano de CIPIÓN:)

FABIO.

El descuido pasado nuestro ha sido  
el que os hace hablar de aquesta suerte;  
mas ya es llegado el tiempo, y es venido  
do veréis nuestra gloria y vuestra muerte.

CIPIÓN.

El vano blasonar no es admitido  
de pecho valeroso, honrado y fuerte.

Templa las amenazas, Fabio, y calla,  
y tu valor descubre en la batalla,  
aunque yo pienso hacer que el numantino  
nunca a las manos con nosotros venga,  
buscando de vencerle tal camino,  
que más a mi provecho se convenga.  
Y haré que abaje el brío y pierda el tino,  
y que en sí mismo su furor detenga.  
Pienso de un hondo foso rodeallos,  
por hambre insufrible he de a caballos.  
No quiero yo que sangre de romanos  
colore más el suelo de esta tierra;  
basta la que han vertido estos hispanos  
en tan larga, reñida, y cruda guerra.  
Ejercítense agora vuestras manos  
en romper y a cavar la dura tierra,  
y cúbranse de polvo los amigos  
que no lo están de sangre de enemigos.  
No quede de este oficio reservado  
ninguno que le tenga preminente,  
trabaje el dicurión como el soldado,  
y no se muestre en esto diferente.  
Yo mismo tomaré el hierro pesado,  
y romperé la tierra fácilmente.  
Haced todos cual yo, veréis que hago  
tal obra con que a todos satisfago.

FABIO.

Valeroso señor y hermano mío,  
bien nos muestras en esto tu cordura,  
pues fuera conocido desvarío  
y temeraria muestra de locura  
pelear contra el loco airado brío  
de estos desesperados sin ventura.  
Mejor será encerrallos, como dices,  
y quitarles al brío las raíces.  
Bien puede la ciudad toda cercarse  
si no es la parte por do el río la baña.

CIPIÓN.

Vamos, y venga luego a efetiarse  
esta mi nueva poco usada hazaña,  
que si en nuestro favor quiere mostrarse  
el cielo, quedará sujeta España  
al senado romano, solamente  
con vencer la soberbia de esta gente.

(Vanse, y sale ESPAÑA coronada con unas torres, y trae un castillo en la mano, que significa España.)

ESPAÑA.

¡Alto, sereno y espacioso cielo,  
que con tus influencias enriqueces  
la parte que es mayor de este mi suelo,  
y sobre muchos otros le engrandeces,  
muévate a compasión mi amargo duelo,  
y pues al afligido favoreces,  
favoréceme a mí en ansia tamaña,  
que soy la sola y desdichada España!  
Bástete ya que un tiempo me tuviste  
todos mis flacos miembros abrasados,  
y al sol por mis entrañas descubriste  
al reino oscuro de los condenados,  
y a mil tiranos mil riquezas diste;  
a fenicios y griegos entregados  
mis reinos fueron, porque tú has querido,  
o porque mi maldad lo ha merecido.  
¿Será posible que contino sea  
esclava de naciones extranjeras,  
y que un pequeño tiempo yo no vea  
de libertad tendidas mis banderas?  
Con justísimo título se emplea  
en mí el rigor de tantas penas fieras,  
pues mis famosos hijos y valientes  
andan entre sí mismos diferentes.  
Jamás en su provecho concertaron  
los divididos ánimos furiosos,  
antes entonces más los apartaron  
cuando se vieron más menesterosos.  
Y así con sus discordias convidaron  
los bárbaros de pechos cudiciosos  
a venir a entregarse en mis riquezas,  
usando en mí y en ellos mil crueltas  
Numancia es la que agora sola ha sido  
quien la luciente espada sacó fuera,  
y a costa de su sangre ha mantenido  
la amada libertad suya y primera.  
Mas ¡ay! que veo el término cumplido,  
llegada ya la hora postrimera,  
do acabará su vida y no su fama,  
cual fénix, renovándose en la llama.  
Estos tan mucho temidos romanos,

que buscan de vencer cien mil caminos,  
rehuyendo venir más a las manos  
con los pocos valientes numantinos,  
¡oh, si saliesen sus intentos vanos,  
y fuesen sus quimeras desatinos,  
que esta pequeña tierra de Numancia,  
sacase de su pérdida ganancia!  
Mas ¡ay! que el enemigo la ha cercado  
no sólo con las armas contrapuestas  
al flaco muro suyo, mas ha obrado  
con diligencia estraña y manos prestas,  
que un foso por la margen concertado  
rodea la ciudad por llano y cuevas.  
Sólo la parte por do el río se estiende,  
de este ardid nunca visto se defiende.  
Ansí están encogidos y encerrados  
los tristes numantinos en sus muros;  
ni ellos pueden salir, ni ser entrados,  
y están de los asaltos bien seguros.  
Pero en sólo mirar que están privados  
de ejercitar sus fuertes brazos duros,  
la guerra piden o la muerte a voces,  
con horrendos acentos y feroces.  
Y pues sola la parte por do corre  
y toca a la ciudad el ancho Duero,  
es aquella que ayuda y que socorre  
en algo al numantino prisionero,  
antes que alguna máquina o gran torre  
en sus aguas se funde, rogar quiero  
al caudaloso y conocido río,  
en lo que puede ayude al pueblo mío.  
Duero gentil, que con torcidas vueltas  
humedeces gran parte de mi seno,  
ansí en tus aguas siempre veas en vueltas  
arenas de oro, cual el Tajo ameno,  
ansí las ninfas fugetivas sueltas,  
de que está el verde prado y bosque lleno,  
vengan humildes a tus aguas claras,  
y en prestarte favor no sean avaras,  
que prestes a mis ásperos lamentos  
atento oído, o que a escucharlos vengas,  
aunque dejes un rato tus contentos.  
Suplícote que en nada te detengas:  
Si tú, con tus continos crecimientos,  
de estos fieros romanos no me vengas,  
cerrado veo ya cualquier camino

a la salud del pueblo numantino.

(Sale el río DUERO con otros tres ríos, que serán tres muchachos, vestidos como que son tres riachuelos que entran en Duero junto a Soria, que en aquel tiempo fue Numancia.)

DUERO.

Madre querida, España, rato había  
que hirieron mis oídos tus querellas;  
y si en salir acá me detenía  
fue por no poder dar remedio a ellas.  
El fatal, miserable, y triste día  
según el disponer de las estrellas,  
se llega de Numancia, y cierto temo  
que no hay remedio a su dolor extremo.  
Con Orvión y Minuesa, y también Tera»,  
cuyas aguas las mías acrecientan,  
he llenado mi seno en tal manera,  
que los usados márgenes revientan.  
Mas sin temor de mi veloz carrera,  
cual si fuera un arroyo, veo que intentan  
de hacer lo que tú, España, nunca veas,  
sobre mis aguas, torres y trincheas.  
Mas ya que el revolver del duro hado  
tenga el último fin estatuido  
de ese tu pueblo numantino amado,  
pues a términos tales ha venido,  
un consuelo le queda en este estado:  
que no podrán las sombras del olvido  
escurecer el sol de sus hazañas,  
en toda edad tenidas por estrañas;  
y puesto que el feroz romano tiende  
el paso agora por tu fértil suelo,  
que te oprime aquí, y allí te ofende  
con arrogante y ambicioso celo,  
tiempo vendrá, según que así lo entiende  
el saber que a Proteo ha dado el cielo  
que estos romanos sēan oprimidos  
por los que agora tienen abatidos.  
De remotas naciones venir veo  
gentes que habitarán tu dulce seno  
después que, como quiere tu deseo,  
habrán a los romanos puesto freno.  
Godos serán, que con vistoso arreo,  
dejando de su fama el mundo lleno,  
vendrán a recogerse en tus entrañas,  
dando de nuevo vida a sus hazañas.

Estas injurias vengará la mano  
del fiero Atila en tiempos venideros,  
poniendo al pueblo tan feroz romano  
sujeto a obedecer todos sus fueros.  
Y portillos abriendo en Vaticano,  
tus bravos hijos, y otros extranjeros,  
harán que para huir vuelva la planta  
el gran piloto de la nave santa.  
Y también vendrá tiempo en que se mire  
estar blandiendo el español cuchillo  
sobre el cuello romano, y que respire  
sólo por la bondad de su caudillo.  
El grande Albano hará que se retire  
el español ejército, sencillo  
no de valor, sino de poca gente,  
que iguala al mayor número en valiente».   
Y cuando fuere ya más conocido  
el propio Hacedor de tierra y cielo,  
aquel que ha de quedar istituído  
por visorrey de Dios en todo el suelo,  
a tus reyes dará tal apellido,  
cual viere que más cuadra con su celo:  
católicos serán llamados todos,  
sucesión digna de los fuertes godos.  
Pero el que más levantará la mano  
en honra tuya y general contento,  
haciendo que el valor del nombre hispano  
tenga entre todos el mejor asiento,  
un rey será, de cuyo intento sano  
grandes cosas me muestra el pensamiento,  
Será llamado, siendo suyo el mundo,  
el segundo Felipo sin segundo.  
Debajo de este imperio tan dichoso  
serán a una corona reducidos,  
por bien universal y a tu reposo,  
tus reinos hasta entonces divididos:  
el girón lusitano tan famoso,  
que un tiempo se cortó de los vestidos  
de la ilustre Castilla, ha de zurcirse  
de nuevo, y a su estado antiguo unirse  
¡Qué envidia, qué temor, España amada,  
te tendrán mil naciones extranjeras,  
en quien tú teñirás tu aguda espada  
y tenderás triunfando tus banderas!  
Sírvate esto de alivio en la pesada  
ocasión por quien lloras tan de veras,

pues no puede faltar lo que ordenado  
ya tiene de Numancia el duro hado.

ESPAÑA.

Tus razones alivio han dado en parte,  
famoso Duero, a las pasiones mías;  
sólo porque imagino que no hay parte  
de engaño alguno en estas profecías.

DUERO.

Bien puedes de eso, España asegurarte,  
puesto que tarden tan dichosos días.  
Y adiós, porque me esperan ya mis ninfas.

ESPAÑA.

¡El cielo aumente tus sabrosas linfas!

## JORNADA SEGUNDA

(Salen TEÓGENES y CARAVINO, con otros cuatro NUMANTINOS, gobernadores de Numancia, y MARQUINO, hechicero, y siéntanse.)

TEÓGENES.

Paréceme, varones esforzados,  
que en nuestros daños con rigor influyen  
los tristes signos y contrarios hados,  
pues nuestra fuerza humana desminuyen.  
Tiénnenos los romanos encerrados,  
y con cobardes mañas nos destruyen.  
Ni con matar muriendo no hay vengarnos,  
ni podemos sin alas escaparnos.  
No sólo a vencernos se despiertan  
los que habemos vencido veces tantas,  
que también españoles se conciertan  
con ellos a segar nuestras gargantas.  
Tan gran maldad los cielos no consientan,  
los rayos hieran las ligeras plantas  
que se mueven en daño del amigo,  
favoreciendo al pérfido enemigo.  
Mirá si imagináis algún remedio  
para salir de tanta desventura  
porque este largo y trabajoso asedio  
sólo promete presta sepultura:



el ancho foso nos estorba el medio  
de probar con las armas la ventura,  
aunque a veces valientes, fuertes brazos,  
rompen mil contrapuestos embarazos.

CARAVINO.

¡A Júpiter pluguiera soberano  
que nuestra juventud sola se viera  
con todo el bravo ejército romano  
a donde el brazo rodear pudiera!  
Que allí al valor de la española mano  
la misma muerte poco estorbo hiciera  
para dejar de abrir franco camino  
a la salud del pueblo numantino.  
Mas, pues en tales términos nos vemos,  
que estamos como damas encerrados,  
hagamos todo cuanto hacer podemos  
para mostrar los ánimos osados  
A nuestros enemigos convidemos  
a singular batalla, que cansados  
de este cerco tan largo, ser podría  
quisiesen acabarle por tal vía.  
Y cuando este remedio no suceda  
a la justa medida del deseo,  
otro camino de intentar nos queda,  
aunque más trabajoso a lo que creo:  
este foso y muralla que nos veda  
el paso al enemigo que allí veo,  
en un tropel de noche lo rompamos,  
y por ayuda a los amigos vamos.

NUMANTINO 1.º

O sea por el foso o por la muerte,  
de abrir tenemos paso a nuestra vida,  
que es dolor insufrible el de la muerte,  
si llega cuando más vive la vida.  
Remedio a las miserias es la muerte,  
si se acrecientan ellas con la vida  
y suele tanto más ser excelente  
cuanto se muere más honradamente.

NUMANTINO 2.º

¿Con qué más honra pueden apartarse  
de nuestros cuerpos estas almas nuestras,  
que en las romanas haces arrojarse,  
y en su daño mover las fuertes diestras?

Y en la ciudad podrá muy bien quedarse  
quien gusta de cobarde dar las muestras;  
que yo mi gusto pongo en quedar muerto  
en el cerrado foso o campo abierto.

NUMANTINO 3.º

Esta insufrible hambre macilenta,  
que tanto nos persigue y nos rodea,  
hace que en nuestro parecer consienta,  
puesto que temerario y duro sea,  
muriendo, escusaremos tanta afrenta;  
y quien morir de hambre no desea,  
arrójese conmigo al foso, y haga camino  
a su remedio con la daga.

NUMANTINO 4.º

Primero que vengáis al trance duro  
de esta resolución que habéis tomado,  
páreceme ser bien que desde el muro  
nuestro fiero enemigo sea avisado,  
diciéndole que dé campo seguro  
a un numantino y a otro su soldado,  
y que la muerte de uno sea sentencia  
que acabe nuestra antigua diferencia.  
Son los romanos tan soberbia gente,  
que luego acetarán este partido,  
y si lo acetan, créo firmemente  
que nuestro amargo daño ha fenecido,  
pues está un numantino aquí presente  
cuyo valor me tiene persuadido  
que él solo contra tres, de los romanos  
quitará la vitoria de las manos.  
También será acertado que Marquino,  
pues es un agorero tan famoso,  
mire qué estrella, o qué planeta o signo  
nos amenaza muerte, o fin honroso,  
o si puede hallar algún camino  
que nos pueda mostrar si del dudoso  
cerco cruél do estamos oprimidos,  
saldremos vencedores o vencidos.  
También primero encargo que se haga  
a Júpiter solene sacrificio,  
de quien podremos esperar la paga  
harto mayor que nuestro beneficio.  
Cúrese luego la profunda llaga  
del arraigado acostumbrado vicio:

quizá con esto mudará de intento  
el hado esquivo y nos dará contento.  
Para morir jamás le falta tiempo  
al que quiere morir desesperado.  
Siempre seremos a sazón y a tiempo  
para mostrar, muriendo, el pecho osado.  
Mas, porque no se pase en balde el tiempo,  
mirá si os cuadra lo que he demandado;  
y si no os pareciere, dad un modo  
que mejor convenga, y que convenga a todo.

#### MARQUINO.

Esa razón que muestran tus razones  
es aprobada del intento mío.  
Háganse sacrificios y oblacones,  
y póngase en efeto el desafío,  
que yo no perderé las ocasiones  
de mostrar de mi ciencia el poderío.  
Yo os sacaré del hondo centro obscuro  
quien nos declare el bien, el mal futuro.

#### TEÓGENES.

Yo desde aquí me ofrezco, si os parece  
que puede de mi esfuerzo algo fiarse,  
de salir a este duelo que se ofrece,  
si por ventura viene a efetiarse.

#### CARAVINO.

Más honra tu valor claro merece;  
bien pueden de tu esfuerzo confiarse,  
más difíciles cosas y aun mayores;  
por ser el que es mejor de los mejores.  
Y pues tú ocupas el lugar primero  
de la honra y valor con causa justa,  
yo, que en todo me cuento por postrero,  
quiero ser el araldo de esta justa.

#### NUMANTINO 1.º

Pues yo con todo el pueblo me prefiero  
hacer de lo que Júpiter más gusta,  
que son los sacrificios y oblacones;  
si van con enmendados corazones.

#### NUMANTINO 2.º

Vámonos, y con presta diligencia,  
hagamos cuanto aquí propuesto habemos

antes que la pestífera dolencia  
de la hambre nos ponga en los extremos.  
Si tiene el cielo dada la sentencia  
de que en este rigor fiero acabemos,  
revóquela, si acaso lo merece,  
la presta enmienda que Numancia ofrece.

(Vanse, y salen MARANDRO y LEONCIO, numantinos.)

LEONCIO.  
Marandro, amigo ¿do vas,  
o hacia do mueves el pie?

MARANDRO.  
Si yo mismo no lo sé,  
tampoco tú lo sabrás.

LEONCIO.  
¡Cómo te saca de seso  
tu amoroso pensamiento!

MARANDRO.  
Antes, después que le siento,  
tengo más razón y peso.

LEONCIO.  
Eso ya está averiguado  
que el que sirviere al amor,  
690  
ha de ser, por su dolor,  
con razón muy más pesado.

MARANDRO.  
De malicia u de agudeza  
no escapa lo que dijiste.

LEONCIO.  
Tú mi agudeza entendiste,  
mas yo entendí tu simpleza.

MARANDRO.  
¿Qué simpleza? ¿Querer bien?

LEONCIO.  
Sí, si al querer no se mide,  
como la razón lo pide,

con cuándo, cómo, y a quién.

MARANDRO.

¿Reglas quies poner a amor?

LEONCIO.

La razón puede ponellas.

MARANDRO.

Razonables serán ellas,  
mas no de mucho primor.

LEONCIO.

En la amorosa porfía,  
a razón no hay conocella.

MARANDRO.

Amor no va contra ella,  
aunque de ella se desvía.

LEONCIO.

¿No es ir contra la razón,  
siendo tú tan buen soldado,  
andar tan enamorado  
en tan estraña ocasión?  
Al tiempo que del dios Marte  
has de pedir el favor,  
¿te entretienes con amor,  
quien mil blanduras reparte?  
Ves la patria consumida  
y de enemigos cercada,  
¿y tu memoria, burlada  
por amor, de ella se olvida?

MARANDRO.

En ira mi pecho se arde  
por ver que hablas sin cordura.  
¿Hizo el amor, por ventura,  
a ningún pecho cobarde?  
¿Dejé yo la centinela  
por ir donde está mi dama,  
o estoy durmiendo en la cama  
cuando mi capitán vela?  
¿Hasme visto tú faltar  
de lo que debo a mi oficio,  
para algún regalo o vicio,

ni menos por bien amar?  
Y si nada no has hallado  
de que debo dar disculpa,  
¿por qué me das tanta culpa  
de que sea enamorado?  
Y si de conversación  
me ves que ando siempre ajeno,  
mete la mano en tu seno,  
verás si tengo razón.  
¿No sabes los muchos años  
que tras Lira ando perdido?  
¿No sabes que era venido  
el fin todo a nuestros daños,  
porque su padre ordenaba  
de dármele por mujer,  
y que Lira su querer  
con el mío concertaba?  
También sabes que llegó  
en tan dulce coyuntura  
esta fuerte guerra dura,  
por quien mi gloria cesó.  
Dilatóse el casamiento  
hasta acabar esta guerra,  
porque no está nuestra tierra  
para fiestas y contento.  
Mira cuán poca esperanza  
puedo tener de mi gloria,  
pues está nuestra vitoria  
toda en la enemiga lanza.  
De la hambre fatigados,  
sin miedo de algún remedio  
tal muralla y foso en medio,  
pocos, y esos encerrados.  
Pues, como vëo llevar  
mis esperanzas del viento,  
ando triste y descontento  
así cual me ves andar.

LEONCIO.

Sosiega, Marandro, el pecho,  
vuelve al brío que tenías,  
quizá que por otras vías  
se ordena nuestro provecho,  
y Júpiter soberano  
nos descubra buen camino  
por do el pueblo numantino

quede libre del romano.  
Y en dulce paz y sosiego  
de tu esposa gozarás,  
y la llama templarás  
de aquese amoroso fuego;  
que para tener propicio  
al gran Júpiter tonante,  
hoy Numancia en este instante  
le quiere hacer sacrificio.  
Ya el pueblo viene y se muestra  
con las víctimas e incienso.  
¡Oh Júpiter, padre inmenso,  
mira la miseria nuestra!

(Han de salir agora dos NUMANTINOS, vestidos como sacerdotes antiguos, y traen asido de los cuernos en medio de entrambos un carnero grande, coronado de oliva o hiedra y otras flores, y un PAJE con una fuente de plata y una con un poco de incienso; otro con fuego y leña; otro que ponga una mesa con un tapete, donde se ponga todo esto, y salgan en esta escena todos los que hubiere en la comedia en hábito de numantinos, y luego DOS SACERDOTES, y dejando uno el carnero de la mano, diga el SACERDOTE 1º)

SACERDOTE 1.º

Señales ciertas de dolores ciertos  
se me han presentado en el camino,  
y los canos cabellos tengo yertos.

SACERDOTE 2.º

Si acaso yo no soy mal adivino,  
nunca con bien saldremos de esta impresa.  
¡Ay desdichado pueblo numantino!

SACERDOTE 1.º

Hagamos nuestro oficio con la priesa  
que nos incitan los agüeros tristes.  
Poned, amigos, hacia aquí esta mesa.

SACERDOTE 2.º

El vino, incienso y agua que trajistes,  
poneldo encima, y apartaos afuera,  
y arrepentíos de cuanto mal hiciste;  
que la oblación mejor y la primera  
que se ha de ofrecer al alto cielo,  
es alma limpia y voluntad sincera.

SACERDOTE 1.º

El fuego no le hagáis, vos, en el suelo,  
que aquí viene brasero para ello,  
que así lo pide el religioso celo.

SACERDOTE 2.º

Lavaos las manos y limpiaos el cuello.  
Dad acá el agua. El fuego, ¿no se enciende?

NUMANTINO.

No hay quien pueda, señores, encendello.

SACERDOTE 2.º

¡Oh Júpiter! ¿Qué es esto que pretende  
de hacer en nuestro daño el hado esquivo?  
¿Cómo el fuego en la tea no se emprende?

NUMANTINO.

Ya parece, señor, que está algo vivo.

SACERDOTE 2.º

Quítate afuera. ¡Oh flaca llama oscura,  
qué dolor en mirarte tal recibo!  
¿No miras cómo el humo se apresura  
a caminar al lado de Poniente,  
y la amarilla llama, mal segura,  
sus puntas encamina hacia el Oriente?  
¡Desdichada señal, señal notoria  
que nuestro mal y daño está patente!

SACERDOTE 1.º

Aunque lleven romanos la vitoria  
de nuestra muerte, en humo ha de tornarse  
y en llamas vivas nuestra muerte y gloria.

SACERDOTE 2.º

Pues debe con el vino ruciarse  
el sacro fuego, dad acá ese vino,  
y el incienso también que ha de quemarse.

(Rocía el fuego con el vino a la redonda, y luego pone el incienso en el fuego, y dice:)

Al bien del triste pueblo numantino  
endereza, ¡oh gran Júpiter!, la fuerza  
propicia del contrario amargo sino.  
Ansí como este ardiente fuego fuerza  
a que en humo se vaya el sacro incienso,



así se haga al enemigo fuerza,  
para que en humo, eterno padre inmenso,  
todo su bien, toda su gloria vaya,  
así como tú puedes y yo pienso.  
Tengan los cielos su poder a raya,  
así como esta víctima tenemos;  
y lo que ella ha de haber, él también haya.

SACERDOTE 1.º

Mal responde el agüero, mal podremos  
ofrecer esperanza al pueblo triste,  
para salir del mal que poseemos.

(Hácese ruido debajo del tablado con un barril lleno de piedras, y dispárese un cohete volador.)

SACERDOTE 2.º

¿No oyes un ruido, amigo? Di, ¿no viste  
el rayo ardiente que pasó volando?  
Presagio verdadero de esto fuiste.

SACERDOTE 1.º

Turbado estoy, de miedo estoy temblando.  
¡Oh qué señales! A lo que yo veo,  
¡qué amargo fin están pronosticando!  
¿No ves un escuadrón airado y feo  
de unas águilas fieras, que pelean  
con otras aves en marcial rodeo?

SACERDOTE 2.º

Sólo su esfuerzo y su rigor emplean  
en encerrar las aves en un cabo  
y con astucia y arte las rodean.

SACERDOTE 1.º

Tal señal vitupero y no la alabo.  
¿Águilas imperiales vencedoras?  
¡Tú veras de Numancia presto el cabo!

SACERDOTE 2.º

Águilas, de gran mal anunciadoras,  
partíos, que ya el agüero vuestro entiendo.  
Ya en efeto contadas son las horas.

SACERDOTE 1.º

Con todo, el sacrificio hacer pretendo

de esta inocente víctima, guardada  
para pagar el dios del gesto horrendo.

SACERDOTE 2.º

¡Oh gran Plutón, a quien por suerte dada  
le fue la habitación del reino oscuro,  
y el mando en la infernal triste morada!  
Ansí vivas en paz, cierto y seguro  
de que la hija de la sacra Ceres  
corresponda a tu amor con amor puro,  
que todo aquello que en provecho vieres  
venir del pueblo triste que te invoca,  
lo allegues, cual se espera de quien eres.  
Atapa la profunda, oscura boca  
por do salen las tres fieras hermanas  
a hacernos el daño que nos toca,  
y sēan de dañarnos tan livianas  
sus intenciones, que las lleve el viento,  
como se lleva el pelo de estas lanas.

(Quite algunos pelos del carnero y échalos al aire.)

SACERDOTE 1.º

Y ansí como te baño y ensangriento  
este cuchillo en esta sangre pura,  
con alma limpia y limpio pensamiento,  
ansí la tierra de Numancia dura  
se bañe con la sangre de romanos,  
y aun los sirva también de sepultura.

(Sale por el güeco del tablado UN DEMONIO hasta el medio cuerpo, y ha de arrebatarse el carnero, y volverse a disparar el fuego, y todos los sacrificios.)

SACERDOTE 2.º

Mas ¿quién me ha arrebatado de las manos  
la víctima? ¿Qué es esto, dioses santos?  
¿Qué prodigios son éstos tan insanos?  
No os han enternecido ya los llantos  
de este pueblo lloroso y afligido,  
ni la harpada voz de aquestos cantos  
Antes creo que se han endurecido,  
cual se puede infirir de las señales  
tan fieras como aquí han acontecido.  
Nuestros vivos remedios son mortales,  
toda nuestra pereza es diligencia,  
y los bienes ajenos, nuestros males.

NUMANTINO.

En fin, dado han los cielos la sentencia  
de nuestro fin amargo y miserable.  
No nos quiere valer ya su clemencia.  
Lloremos, pues es fin tan lamentable  
nuestra desdicha; que en la edad postrera  
de él y de nuestro esfuerzo siempre se hable.

TEÓGENES.

Marquino haga la experiencia entera  
de todo su saber, y, sepa cuánto  
nos promete del mal la lastimera  
suerte, que ha vuelto nuestra risa en llanto.

(Valse todos, y quedan MARANDRO y LEONCIO.)

MARANDRO.

Leoncio, ¿qué te parece?  
¿Han remedio nuestros males  
con estas buenas señales  
que aquí el cielo nos ofrece?  
Tendrá fin mi desventura  
cuando se acabe la guerra,  
que será cuando la tierra  
me sirva de sepultura.

LEONCIO.

Marandro, al que es buen soldado  
agüeros no le dan pena,  
que pone la suerte buena  
en el ánimo esforzado  
y esas vanas apariencias  
nunca le turban el tino;  
su brazo es su estrella o sino,  
su valor, sus influencias.  
Pero si quieres creer  
en este notorio engaño,  
aun quedan, si no me engaño,  
experiencias más que hacer,  
que Marquino las hará  
las mejores de su ciencia.  
y el fin de nuestra dolencia  
ser bueno o malo sabrá.  
Páreceme que le veo.

MARANDRO.

¡En qué extraño traje viene!  
Quien con feos se entretiene,  
no es mucho que venga feo.  
¿Será acertado seguille?

LEONCIO.

Acertado me parece,  
por si acaso se le ofrece  
algo en que poder serillo.

(Aquí sale MARQUINO con una ropa negra de bocacé ancha, y una cabellera negra, y los pies descalzos, y en la cinta traerá, de modo que se le vean, tres redomillas llenas de agua: la una negra, la otra teñida con azafrán y la otra clara; y en la una mano una lanza barnizada de negro; y viene MILVIO con él, y así como entran, se ponen a un lado LEONCIO y MARANDRO.)

MARQUINO.

¿Do dices, Milvio, que está el joven triste?

MILVIO.

En esta sepultura está encerrado.

MARQUINO.

¿No yerres el lugar do le pusiste?

MILVIO.

No, que con esta piedra señalado  
dejé el lugar adonde el mozo tierno  
fue con lágrimas tiernas enterrado.

MARQUINO.

¿De qué murió?

MILVIO.

Murió de mal gobierno  
La flaca hambre le acabó la vida,  
peste cruel, salida del infierno.

MARQUINO.

En fin, ¿qué dices que ninguna herida  
le cortó el hilo del vital aliento,  
ni fue cáncer, ni llaga su homicida?  
Esto te digo, porque hace al cuento  
de mi saber, que esté este cuerpo entero,  
organizado todo y en su asiento.

MILVIO.

Habr  tres horas que lo di el postrero  
repose, y le entregó a la sepultura,  
y de hambre murió, como refiero.

MARQUINO.

Est  muy bien, y es buena coyuntura  
la que me ofrecen los propicios signos  
para invocar de la región oscura  
los feroces espíritus malinos.  
Presta atentos oídos a mis versos,  
fiero Plutón, que en la región oscura  
entre ministros de ánimos perversos  
te cupo de reinar suerte y ventura.  
Haz, aunque s an de tu gusto adversos,  
cumplidos mis deseos en la dura  
ocasión que te invoco; no te tardes  
ni a ser más oprimido de mí aguardes.  
Quiero que al cuerpo que aquí está encerrado  
vuelvas el alma que le daba vida,  
aunque el fiero Car n del otro lado  
la tenga en la ribera denegrida,  
y aunque en las tres gargantas del airado  
Cerberero est  penada y escondida,  
salga, y torne a la luz del mundo nuestro,  
que luego tornar  al oscuro vuestro.  
Y pues ha de salir, salga informada  
del fin que ha de tener guerra tan cruda,  
y de esto no me encubra y calle nada,  
ni me deje confuso y con más duda  
la plática de esta alma desdichada,  
de toda ambigüidad libre y desnuda  
tiene de ser. Env ala;  qu  esperas?  
 Esperas a que hable con más veras?  
 No desmov is la piedra, desleales?  
Decid, ministros falsos:  qu  os detiene?  
 C mo no me habéis dado ya señales  
de que hacéis lo que digo y me conviene?  
 Busc is, con deteneros, vuestros males,  
o gust is de que ya al momento ordene  
de poner en efeto los conjuros  
que ablanden vuestros fieros pechos duros?  
Ea, pues, vil canalla mentirosa,  
aparejaos al duro sentimiento,  
pues sabéis que mi voz es poderosa

de doblaros la rabia y el tormento.  
Dime, traidor esposo de la esposa  
que seis meses del año a su contento  
está, sin duda, haciéndote cornudo,  
¿por qué a mis peticiones estás mudo?  
Este hierro, bañado en agua clara,  
que al suelo no tocó en el mes de mayo,  
herirá en esta piedra, y hará clara  
y patente la fuerza de este ensayo.

(Con el agua clara de la redomilla, baña el hierro de la lanza, y herirá luego en la tabla, y debajo suenan cohetes y hágase ruido.)

Ya parece, canalla, que a la clara  
dais muestras de que os toma cruel desmayo.  
¿Qué rumores son éstos? ¡Ea, malvados,  
que al fin venís, aunque venís forzados!  
¡Levantad esta piedra, fementidos,  
y descubrid el cuerpo que aquí yace!  
¿Qué es esto? ¿Qué tardáis? ¿A do sois idos?  
¿Cómo mi mando al punto no se hace?  
¿No curáis de amenazas, descreídos?  
Pues no esperéis que más os amenace:  
esta agua negra del estigio lago  
dará a vuestra tardanza presto pago.  
Agua de la fatal negra laguna,  
cogida en triste noche, oscura y negra,  
por el poder que en ti sola se aúna  
a quien otro poder ninguno quiebra,  
a la banda diabólica importuna,  
y a quien la primer forma de culebra  
tomó, conjuro, apremio, pido y mando  
que venga a obedecerme aquí volando.  
(Rocía con agua negra la sepultura, y ábrese.)  
¡Oh mal logrado mozo! ¡Sal ya fuera,  
y vuelve a ver el sol claro y sereno,  
deja aquella región do no se espera  
en ella un día sosegado y bueno;  
dame, pues puedes, relación entera  
de lo que has visto en el profundo seno,  
digo, de aquello a que mandado eres,  
y más, si al caso toca, y tú pudieres!

(Sale EL CUERPO AMORTAJADO, con un rostro de muerto, y va saliendo poco a poco, y en saliendo, déjase caer en el tablado.)

¿Qué es esto? ¿No respondes? ¿No revives?  
¿Otra vez has gustado de la muerte?  
Pues yo haré que con tu pena avives,  
y tengas el hablarme a buena suerte;  
pues eres de los míos, no te esquives  
de hablarme y responderme; mira, advierte,  
que si callas, haré que con tu mengua  
sueltes la atada y encogida lengua.  
(Rocía el cuerpo con el agua amarilla, y luego te azotará.)  
Espíritus malignos, ¿no aprovecha?  
Pues esperá, saldrá el agua encantada  
que hará mi voluntad tan satisfecha,  
cuanto es la vuestra pérfida y dañada.  
Y aunque esta carne fuera polvos hecha,  
siendo con este azote castigada,  
cobrará nueva, aunque ligera vida,  
del áspero rigor suyo oprimida.  
Alma rebelde, vuelve al aposento  
que pocas horas ha desocupaste.  
Ya vuelves, ya lo muestras, ya te siento,  
que al fin a tu pesar en él te entraste.

(En este punto, se estremece EL CUERPO, y habla.)

EL CUERPO.

Cese la furia del rigor violento  
tuyo, Marquino, baste, triste, baste  
lo que yo paso en la región oscura,  
sin que tú crezcas más mi desventura.  
Engañaste si piensas que recibo  
contento de volver a esta penosa  
mísera y corta vida que ahora vivo,  
que ya me va faltando presurosa.  
Antes me causas un dolor esquivo,  
pues otra vez la muerte rigurosa  
triunfar de mi vida y de mi alma:  
mi enemigo tendrá doblada palma.  
El cual, con otros del oscuro, bando,  
de los que son sujetos a agradarte,  
están con rabia eterna aquí esperando  
a que acabe, Marquino, de informarte  
del lamentable fin, del mal nefando  
que de Numancia puedo asegurarte,  
la cual acabará a las mismas manos  
de los que son a ella más cercanos.  
No llevarán romanos la vitoria

de la fuerte Numancia, ni ella menos  
tendrá del enemigo triunfo o gloria,  
amigos y enemigos siendo buenos.  
No entiendas que de paz habrá memoria,  
que rabia alberga en sus contrarios senos;  
el amigo cuchillo, el homicida  
de Numancia será, y será su vida.  
Y quédate, Marquino, que los hados  
no me conceden más hablar contigo;  
y aunque mis dichos tengas por trocados,  
al fin saldrá verdad lo que te digo.

(En diciendo esto, se arroja EL CUERPO en la sepultura.)

MARQUINO.

¡Oh tristes signos, signos desdichados!  
Si esto ha de suceder del pueblo amigo,  
primero que mirar tal desventura,  
mi vida acabe en esta sepultura.

(Arrójase MARQUINO en la sepultura.)

MARANDRO.

Mira, Leoncio, si ves  
por do yo pueda decir  
que no me haya de salir  
todo mi gusto al revés.  
De toda nuestra ventura  
cerrado está ya el camino;  
si no, dígalo Marquino,  
el muerto y la sepultura.

LEONCIO.

Que todas son ilusiones,  
quimeras y fantasías,  
agüeros y hechicerías,  
diabólicas indicciones.  
No muestres que tienes poca  
ciencia en creer desconciertos,  
que poco cuidan los muertos  
de lo que a los vivos toca.

MARANDRO.

Nunca Marquino hiciera  
desatino tan extraño,  
si nuestro futuro daño



como presente no viera.  
Avisemos de este paso  
al pueblo, que está mortal.  
Mas, para dar nueva tal,  
¿quién podrá mover el paso?

### JORNADA TERCERA

(Salen CIPIÓN y JUGURTA y MARIO, romanos.)

CIPIÓN.

En forma estoy contento en mirar cómo  
corresponde a mi gusto la ventura,  
y esta libre nación soberbia como  
sin fuerzas, solamente con cordura.  
En viendo la ocasión, luego la tomo,  
porque sé cuánto corre y se apresura,  
y si se pasa, en cosas de la guerra,  
el crédito consume y vida a tierra.  
Juzgábades a loco desvarío  
tener los enemigos encerrados,  
y que era mengua del romano brío  
no vencellos con modos más usados.  
Bien sé que lo habrán dicho, mas yo fío  
que los que fueren prácticos soldados  
dirán que es de tener en mayor cuenta  
la vitoria que menos ensangrienta.  
¿Qué gloria puede haber más levantada  
en las cosas de guerra que aquí digo,  
que, sin quitar de su lugar la espada  
vencer y sujetar al enemigo?  
Que cuando la vitoria es granjeada  
con la sangre vertida del amigo,  
el gusto mengua que causar pudiera  
la que sin sangre tal ganada fuera.  
(Tocan una trompeta del muro de Numancia.)

JUGURTA.

Oye, señor, que de Numancia suena  
el son de una trompeta, y me aseguro  
que decirte algo desde allá se ordena,  
pues el salir de acá lo estorba el muro.  
Caravino se ha puesto en una almena,

y una señal ha hecho de seguro:  
Lleguémonos más cerca.

CIPIÓN.

Ea, lleguemos.

No más, que desde aquí le entenderemos.

(Pónese CARAVINO en la muralla con una bandera o lanza en la mano, y dice:)

CARAVINO.

¡Romanos! ¡Ah, romanos! ¿Puede acaso  
ser de vosotros esta voz oída?

MARIO.

Puesto que más la bajas, y hables paso,  
de cualquier tu razón será entendida.

CARAVINO.

Decid al general que alargue el paso  
al foso, porque viene dirigida  
a él una embajada.

CIPIÓN.

Dila presto,  
que yo soy Cipión.

CARAVINO.

Escucha el resto.

Dice Numancia, general prudente,  
que consideres bien que ha muchos años  
que entre la nuestra y tu romana gente  
duran los males de la guerra estraños,  
y que, por evitar que no aumente  
la dura pestilencia de estos daños,  
quiere, si tú quisieres, acaballa,  
con una breve y singular batalla.

Un soldado se ofrece de los nuestros  
a combatir, cerrado en estacada,  
con cualquiera esforzado de los vuestros,  
para acabar contienda tan trabada.

Y al que los hados fueren tan siniestros  
que allí le dejen sin la vida amada,  
si fuere el nuestro, darse ha la tierra;  
si el tuyo fuere, acábese la guerra.

Y por seguridad de este concierto,  
daremos a tu gusto los rehenes.

Bien sé que en él vendrás, porque estás cierto  
de los soldados que a tu cargo tienes,  
y sabes que el menor, a campo abierto  
hará sudar el pecho, rostro y sienes,  
al más aventajado de Numancia;  
así que está segura tu ganancia.  
Porque a la ejecución se venga luego,  
respóndeme, señor, si estás en ello.

CIPIÓN.

Donaire es lo que dices, risa y juego,  
y loco el que pensase de hacello.  
Usad el medio del humilde ruego,  
si queréis que se escape vuestro cuello  
de probar el rigor y filos diestros  
del romano cuchillo y brazos nuestros.  
La fiera que en la jaula está encerrada  
por su selvatoquez y fuerza dura,  
si puede allí con maña ser domada  
y con el tiempo y medios de cordura,  
quien la dejase libre y desatada  
daría grandes muestras de locura.  
Bestias sois, y por tales encerradas  
os tengo, donde habéis de ser domadas.  
Mía será Numancia a pesar vuestro,  
sin que me cueste un mínimo soldado,  
y el que tenéis vosotros por más diestro  
rompa por ese foso trinchado,  
y si en esto os parece que yo muestro  
un poco mi valor acobardado,  
el viento lleve agora esta vergüenza,  
y vuélvale la fama cuando venza.

(Vanse CIPIÓN y los suyos, y dice CARAVINO: )

CARAVINO.

¿No escuchas más, cobarde? ¿Ya te escondes?  
¿Enfádate la igual, justa batalla?  
Mal con tu nombradía correspondes.  
Mal podrás de este modo sustentalla.  
En fin, como cobarde me respondes:  
Cobardes sois, romanos, vil canalla,  
con vuestra muchedumbre confiados,  
y no en los diestros brazos levantados.  
¡Pérfidos, desleales, fementidos,  
cruels, revoltosos y tiranos,

ingratos, codiciosos, mal nacidos,  
pertinaces, feroces y villanos,  
adúlteros, infames, conocidos  
por de industriosas, mas cobardes manos!  
¿Qué gloria alcanzaréis en darnos muerte  
teniéndonos atados de esta suerte?  
En cerrado escuadrón o manga suelta  
en la campaña rasa, do no pueda  
estorbar la mortal fiera revuelta  
el ancho foso y muro que la veda,  
fuera bien que, sin dar el pie la vuelta,  
y sin tener jamás la espada queda,  
ese ejército mucho bravo vuestro,  
se viera con el poco flaco nuestro.  
Mas, como siempre estáis acostumbrados  
a vencer con ventajas y con mañas,  
estos conciertos, en valor fundados,  
no los admiten bien vuestras marañas,  
liebres en pieles fieras disfrazados.  
Load y engrandeced vuestras hazañas,  
que espero en el gran Júpiter de veros  
sujetos a Numancia y a sus fueros.

(Vase, y torna a salir fuera TEÓGENES, y CARAVINO, y MARANDRO, y otros.)

TEÓGENES.

En términos nos tiene nuestra suerte,  
dulces amigos, que será ventura  
de acabar nuestros daños con la muerte.  
Por nuestro mal, por nuestra desventura,  
vistes del sacrificio el triste agüero,  
y a Marquino tragar la sepultura.  
El desafío no ha importado un cero.  
¿De intentar qué nos queda? No lo siento;  
Uno es aceptar el fin postrero.  
Esta noche se muestre el ardimiento  
del numantino acelerado pecho,  
y póngase por obra nuestro intento,  
el enemigo muro sea deshecho,  
salgamos a morir a la campaña,  
y no como cobardes en estrecho.  
Bien sé que sólo sirve esta hazaña  
de que a nuestro morir se mude el modo,  
que con ella la muerte se acompaña.

CARAVINO.

Con este parecer yo me acomodo.  
Morir quiero rompiendo el fuerte muro,  
y deshacello por mi mano todo.  
Mas tiéneme una cosa mal seguro:  
que, si nuestras mujeres saben esto,  
de que no haremos nada os aseguro.  
Cuando otra vez tuvimos presupuesto  
de salir y dejallas, cada uno  
fiado en su caballo y vuelo presto,  
ellas, que el trato a ellas importuno  
supieron, al momento nos robaron  
los frenos, sin dejarnos sólo uno.  
Entonces el salir nos estorbaron,  
y así lo harán agora fácilmente,  
si las lágrimas muestran que mostraron.

MARANDRO.

Nuestro disinio a todas es patente,  
todas lo saben ya, y no queda alguna  
que no se queje de ello amargamente  
y dicen que en la buena o ruin fortuna  
quieren en vida o muerte acompañaros,  
aunque su compañía es importuna.

(Entran cuatro MUJERES de Numancia, cada una con un niño en brazos y otros de las manos, y LIRA, doncella.)

Veislas aquí do vienen a rogaros  
no las dejéis en tantos embarazos.  
Aunque seáis de acero, han de ablandaros.  
Los tiernos hijos vuestros en los brazos  
las tristes traen: ¿no véis con qué señales  
de amor les dan los últimos abrazos?

MUJER 1.<sup>a</sup>

Dulces señores nuestros, tras cien males  
hasta aquí de Numancia padecidos,  
que son menores los que son mortales,  
y en los bienes también que ya son idos,  
siempre mostramos ser mujeres vuestras,  
y vosotros también nuestros maridos,  
¿por qué en las ocasiones tan siniestras  
que el cielo airado agora nos ofrece,  
nos dáis de aquel amor tan cortas muestras?  
Hemos sabido, y claro se parece  
que en las romanas armas arrojaros

queréis, pues su rigor menos empece  
que no la hambre de que veis cercaros,  
de cuyas flacas manos desabridas  
por imposible tengo el escaparos.  
Peleando queréis dejar las vidas,  
y dejamos también desamparadas,  
a deshonras y a muertes ofrecidas.  
Nuestro cuello ofreced a las espadas  
vuestras primero, que es mejor partido  
que vernos de enemigos deshonradas.  
Yo tengo en mi intención instituido  
que si puedo, haré cuanto en mí fuere  
por morir do muriere mi marido.  
Esto mismo hará la que quisiere  
mostrar que no los miedos de la muerte  
estorban de querer a quien bien quiere  
en buena o en mala, dulce, alegre suerte.

#### MUJER 2.º

¿Qué pensáis, varones claros?  
¿Revolvéis aun todavía  
en la triste fantasía  
de dejamos y ausentarnos?  
¿Queréis dejar, por ventura,  
a la romana arrogancia  
las vírgenes de Numancia  
para mayor desventura?  
¿Y a los libres hijos vuestros  
queréis esclavos dejallos?  
¿No será mejor ahogallos  
con los propios brazos vuestros?  
¿Queréis hartar el deseo  
de la romana codicia,  
y que triunfe su injusticia  
de nuestro justo trofeo?  
¿Serán por ajenas manos  
nuestras casas derribadas?  
Y las bodas esperadas,  
¿hanlas de gozar romanos?  
En salir hacéis error,  
que acarrea cien mil yertos,  
porque dejáis sin los perros  
el ganado, y sin señor.  
Si al foso queréis salir,  
llevadnos en tal salida,  
porque tendremos por vida

a vuestros lados morir.  
No apresuréis el camino  
al morir, porque su estambre  
cuidado tiene la hambre  
de cercenarla contino.

MUJER 3.<sup>a</sup>

Hijos de estas tristes madres,  
¿qué es esto? ¿Cómo no habláis  
y con lágrimas rogáis  
que no os dejen vuestros padres?  
Baste que la hambre insana  
os acabe con dolor,  
sin esperar el rigor  
de la aspereza romana.  
Decildes que os engendraron  
libres, y libres nacistes,  
y que vuestras madres tristes  
también libres os criaron.  
Decildes que pues la suerte  
nuestra va tan decaída,  
que, como os dieron la vida,  
ansimismo os den la muerte.  
¡Oh, muros de esta ciudad!  
Si podéis hablar, decid,  
y mil veces repetid:  
«¡Numantinos, libertad  
los templos, las casas vuestras.  
levantadas en concordia!»  
Hoy piden misericordia  
hijos y mujeres vuestras.  
Ablandad, caros varones.  
esos pechos diamantinos,  
y mostrad, cual numantinos,  
amorosos corazones.  
Que no por romper el muro  
se remedia un mal tamaño;  
antes en ello está el daño  
más propincuo y más seguro.

LIRA.

También las tristes doncellas  
ponen en vuestra defensa  
el remedio de su ofensa,  
y el alivio a sus querellas.  
No dejéis tan ricos robos

a las cudiciosas manos,  
mirad que son los romanos  
hambrientos y fieros lobos.  
Desesperación notoria  
es ésta que hacer queréis,  
adonde sólo hallaréis  
breve muerte y larga gloria.  
Mas, ya que salga mejor  
que yo pienso esta hazaña,  
¿qué ciudad hay en España  
que quiera daros favor?  
Mi pobre ingenio os advierte  
que si hacéis esta salida,  
al enemigo dais vida,  
y a toda Numancia muerte.  
De vuestro acuerdo gentil  
los romanos burlarán;  
pero, decidme, ¿qué harán  
tres mil contra ochenta mil?  
Aunque tuviesen abiertos  
los muros y su defensa,  
seríades con ofensa  
mal vengados y bien muertos.  
Mejor es que la ventura  
el daño que el cielo ordene  
nos salve, o nos condene,  
de la vida o sepultura.

#### TEÓGENES.

Limpiad los ojos húmidos del llanto,  
mujeres tiernas, y tené entendido  
que vuestra angustia la sentimos tanto  
que responde al amor nuestro subido.  
Ora crezca el dolor, ora el quebranto,  
sëa por nuestro bien disminuido,  
jamás en muerte o vida os dejaremos,  
antes en muerte o vida os serviremos.  
Pensábamos salir al foso, ciertos  
antes de allí morir que de escaparnos,  
pues fuera quedar vivos aunque muertos,  
si muriendo pudiéramos vengarnos.  
Mas, pues nuestros disinios descubiertos  
han sido, y es locura aventurarnos,  
amados hijos y mujeres nuestras,  
nuestras vidas serán de hoy más las vuestras.  
Sólo se ha de mirar que el enemigo



no alcance de nosotros triunfo o gloria;  
antes ha de servir él de testigo  
que apruebe y eternice nuestra historia.  
Y si todos venís en lo que digo,  
mil siglos durará nuestra memoria,  
y es que no quede cosa aquí en Numancia  
de do el contrario pueda hacer ganancia.  
En medio de la plaza se haga un fuego,  
en cuya ardiente llama licenciosa  
nuestras riquezas todas se echen luego,  
desde la pobre a la más rica cosa;  
v esto podréis tener a dulce juego,  
cuando os declare la intención honrosa  
que se ha de efetuar, después que sea  
abrasada cualquier rica presea.  
Y para entretener por algún hora  
la hambre que ya roe nuestros güesos  
haréis descuartizar luego a la hora  
esos tristes romanos que están presos,  
y sin del chico al grande hacer mejora,  
repártanse entre todos, que con esos  
será nuestra comida celebrada  
por estraña, crüel, necesitada.

CARAVINO.

Amigos, ¿qué os parece? ¿Estáis en esto?  
Digo que a mí me tiene satisfecho,  
y que a la ejecución se venga presto  
de un tan estraño, tan honroso hecho.

TEÓGENES.

Pues yo de mi intención os diré el resto,  
después que sêa lo que digo hecho.  
vamos a ser ministros todos luego  
de encender el ardiente y rico fuego.

MUJER 1.<sup>a</sup>

Nosotras desde aquí ya comenzamos  
a dar con voluntad nuestros arreos,  
y a las vuestras las vidas entregamos  
como se han entregado los deseos.

LIRA.

Pues caminemos presto, vimos, vamos  
y abrásense en un punto los trofeos  
que pudieran hacer ricas las manos

y aun hartar la codicia de romanos.

(Vanse todos, y al irse, MARANDRO ase a LIRA de la mano, y ella se detiene, y entra LEONCIO y apártase a un lado y no le ven, y dice MARANDRO:)

MARANDRO.

No vayas tan de corrida,  
Lira, déjame gozar  
del bien que me puede dar  
en la muerte alegre vida.  
Deja que miren mis ojos  
un rato tu hermosura,  
pues tanto mi desventura  
se entretiene en mis enojos.  
¡Oh dulce Lira, que sueñas  
contino en mí fantasía  
con tu süave armonía  
que vuelve en gloria mis penas!  
¿Qué tienes? ¿Qué estás pensando,  
gloria de mi pensamiento?

LIRA.

Pienso cómo mi contento  
y el tuyo se va acabando.  
Y no será su homicida  
el cerco de nuestra tierra,  
que primero que la guerra  
se me acabará mi vida.

MARANDRO.

¿Qué dices, bien de mi alma?

LIRA.

Que me tiene tal la hambre,  
que de mi vital estambre  
llevará presto la palma.  
¿Qué tálamo has de esperar  
de quien está en tal extremo,  
que te aseguro que temo  
antes de un hora espirar?  
Mi hermano ayer espiró  
de la hambre fatigado,  
y mi madre ya ha acabado,  
que la hambre la acabó.  
Y si la hambre y su fuerza  
no ha rendido mi salud,

es porque la juventud  
contra su rigor se esfuerza.  
Pero, como ha tantos días  
que no le hago defensa,  
no pueden contra su ofensa  
las débiles fuerzas mías.

MARANDRO.

Enjuga, Lira, los ojos,  
deja que los tristes míos  
se vuelvan corrientes ríos,  
nacidos de tus enojos.  
Y aunque la hambre ofendida  
te tenga tan sin compás,  
de hambre no morirás  
mientras yo tuviere vida.  
Yo me ofrezco de saltar  
el foso y el muro fuerte,  
y entrar por la misma muerte  
para la tuya escusar.  
El pan que el romano toca,  
sin que el temor me destruya,  
le quitaré de la suya  
para ponello en tu boca.  
Con mi brazo haré carrera  
a tu vida y a mi muerte,  
porque más me mata el verte,  
señora, de esa manera.  
Yo te trairé de comer  
a pesar de los romanos,  
si ya son estas mis manos  
las mismas que solían ser.

LIRA.

Hablas como enamorado,  
Marandro, pero no es justo  
que tome gusto del gusto  
por tu peligro comprado.  
Poco podrá sustentarme  
cualquier robo que harás,  
aunque más cierto hallarás  
el perderte que el ganarme.  
Goza de tu mocedad  
en fresca edad y crecida,  
que más importa tu vida  
que la mía a la ciudad.

Tú podrás bien defendella  
de la enemiga asechanza,  
que no la flaca pujanza  
de esta tan triste doncella.  
Ansí que, mi dulce amor,  
despide ese pensamiento,  
que yo no quiero sustento  
ganado con tu sudor,  
que aunque puedas alargar  
mi muerte por algún día,  
esta hambre que porfía,  
al fin nos ha de acabar.

MARANDRO.

En vano trabajas, Lira,  
de impedirme este camino,  
do mi voluntad y sino  
allá me convida y tira.  
Tú rogarás entretanto  
a los dioses que me vuelvan  
con despojos que resuelvan  
tu miseria y mi quebranto.

LIRA.

Marandro, mi dulce amigo,  
no vayas, que se me antoja  
que de tu sangre veo roja  
la espada del enemigo.  
No hagas esta jornada,  
Marandro, bien de mi vida;  
que si es mala la salida,  
muy peor será la entrada.  
Sí, quiero aplacar tu brío;  
por testigo pongo al cielo,  
que de tu daño recelo  
y no del provecho mío.  
Mas si acaso, amado amigo,  
prosigues esta contienda,  
lleva este brazo por prenda  
de que me lleves contigo,

MARANDRO.

Lira, el cielo te acompañe.  
Vete, que a Leoncio veo.

LIRA.

Y a ti cumpla tu deseo,  
y en ninguna cosa dañe.

(Vase LIRA y dice LEONCIO:)

LEONCIO.

Terrible ofrecimiento es el que has hecho,  
y en él, Marandro, se nos muestra claro  
que no hay cobarde enamorado pecho,  
aunque de tu virtud y valor raro  
debe más esperarse; mas yo temo  
que el hado infeliz se nos muestre avaro.  
He estado atento al miserable extremo  
que te ha dicho Lira en que se halla,  
indigno, cierto, a su valor supremo,  
y que tú has prometido de libralla  
de este presente año, y arrojarte  
en las armas romanas y batalla.  
Yo quiero, buen amigo, acompañarte,  
y en impresa tan justa y tan forzosa  
con mis pequeñas fuerzas ayudarte.

MARANDRO.

¡Oh mitad de mi alma! ¡Oh venturosa  
amistad, no en trabajos dividida,  
ni en la ocasión más próspera y dichosa!  
Goza, Leoncio, de la dulce vida,  
quédate en la ciudad, que yo no quiero  
ser de tus verdes años homicida:  
Yo solo tengo que ir, yo solo espero  
volver con los despojos merecidos  
a mi inviolable fe y amor sincero.

LEONCIO.

Pues ya tienes, Marandro, conocidos  
mis deseos, que, en buena o mala suerte,  
al sabor de los tuyos van medidos,  
sabrás que ni los miedos de la muerte  
de ti me apartarán un solo punto,  
ni otra cosa, si la hay, que sea más fuerte.  
Contigo tengo que ir, contigo junto  
he de volver, si ya el cielo no ordena  
que quede en tu defensa allá difunto.

MARANDRO.

¡Quédate, amigo! ¡Queda, en hora buena!,

porque si yo acabare aquí la vida  
en esta impresa de peligros llena,  
tú puedas a mi madre dolorida  
consolarla en el trance riguroso,  
y a la esposa de mí tanto querida.

LEONCIO.

Cierto que estás, amigo, muy donoso  
en pensar que, tú muerto, quedaría  
yo con tal quietud y tal reposo,  
que de consuelo alguno serviría  
a la doliente madre y triste esposa.  
Pues en la tuya está la muerte mía,  
seguirte tengo en la ocasión dudosa.  
Mira cómo ha de ser, Marandro amigo,  
y en el quedarme no me hables cosa.

MARANDRO.

Pues no puedo estorbarte el ir conmigo,  
en el silencio de esta noche oscura  
tenemos de asaltar al enemigo,  
Lleva ligeras armas, que ventura  
es la que ha de ayudar al alto intento,  
que no la malla entretejida y dura.  
Lleva asimismo puesto el pensamiento  
en robar y traer a buen recado  
lo que pudieres más de bastimento.

LEONCIO.

Vamos, que no saldré de tu mandado.

(Vanse, y salen DOS NUMANTINOS.)

NUMANTINO 1.º

¡Derrama, dulce hermano, por los ojos  
el alma, en llanto amargo convertida!  
Venga la muerte y lleve los despojos  
de nuestra miserable y triste vida.

NUMANTINO 2.º

Bien poco durarán estos enojos,  
que ya la muerte viene apercebida  
para llevar en presto y breve vuelo  
a cuantos pisan de Numancia el suelo.  
Principios veo que prometen presto  
amargo fin a nuestra dulce tierra,

sin que tengan cuidado de hacer esto  
los contrarios ministros de la guerra.  
Nosotros mismos, a quien ya es molesto  
y enfadoso el vivir que nos atierra,  
hemos dado sentencia irrevocable  
de nuestra muerte, aunque cruel, loable.  
En la plaza mayor, ya levantada  
queda una ardiente y cudiciosa hoguera,  
que de nuestras riquezas menistrada,  
sus llamas sube hasta la cuarta esfera.  
Allí con triste priesa acelerada  
y con mortal y tímida carrera  
acuden todos, como santa ofrenda  
a sustentar las llamas con su hacienda,  
Allí las perlas del rosado Oriente,  
y el oro en mil vasijas fabricado,  
y el diamante y rubí más excelente,  
y la estimada púrpura y brocado  
en medio del rigor fogoso ardiente  
de la encendida llama se ha arrojado:  
despojos do pudieran los romanos  
hinchar los senos y ocupar las manos.  
(Aquí salen dos cargas de ropa por una parte, y éntanse por otra.)  
Vuelve al triste espectáculo la vista,  
verás con cuánta priesa y cuánta gana  
toda Numancia en numerosa lista  
aguija a sustentar la llama insana,  
y no con verde leño o seca arista,  
no con materia al consumir liviana,  
sino con sus haciendas mal gozadas,  
pues se guardaron para ser quemadas.

#### NUMANTINO 1.º

Si con esto acabara nuestro daño.  
pudiéramos llevarlo con paciencia.  
Mas ¡ay!, que se ha de dar, si no me engaño,  
de que muramos todos cruel sentencia.  
Primero que el rigor bárbaro estraño  
muestre en nuestras gargantas su clemencia,  
¡verdugos de nosotros nuestras manos  
serán, y no los pérfidos romanos!  
Han ordenado que no quede alguna  
mujer, niño ni viejo con la vida,  
pues al fin la crüel hambre importuna  
con más fiero rigor es su homicida.  
Mas ves allí a do asoma, hermano, una

que, como sabes, fue de mí querida  
un tiempo, con extremo tal de amores,  
cual es el que ella tiene de dolores.

(Sale UNA MUJER con UNA CRIATURA en los brazos y otra de la mano, y ropa para  
echar en el fuego.)

MADRE.

¡Oh duro vivir molesto!  
¡Terrible y triste agonía!

HIJO.

Madre, ¿por ventura habría  
quién nos diese pan por esto?

MADRE.

¿Pan, hijo? ¡Ni aun otra cosa  
que semeje de comer!

HIJO.

Pues ¿tengo de fenecer  
de dura hambre rabiosa?  
Con poco pan que me déis,  
madre, no os pediré más.

MADRE.

Hijo, ¡qué pena me das!

HIJO.

¿Por qué, madre, no queréis?

MADRE.

Sí quiero, mas, ¿qué haré  
que no sé dónde buscallo?

HIJO.

Bien podréis, madre, comprarlo.  
Si no, yo lo compraré.  
Mas, por quitarme de afán,  
si alguno conmigo topa,  
le daré toda esta ropa  
por un pedazo de pan.

MADRE.

¿Qué mamas, triste criatura?  
¿No sientes que, a mi despecho,



sacas ya del flaco pecho  
por leche, la sangre pura?  
Lleva la carne a pedazos,  
y procura de hartarte,  
que no pueden ya llevarte  
mis flacos, cansados brazos.  
Hijos del ánima mía,  
¿con qué os podré sustentar,  
si apenas tengo qué os dar  
de la propia sangre mía?  
¡Oh hambre terrible y fuerte,  
cómo me acabas la vida!  
¡Oh guerra, sólo venida  
para causarme la muerte!

HIJO.

¡Madre mía, que me fino!  
Aguijemos. ¿A do vamos,  
que parece que alargamos  
la hambre con el camino?

MADRE.

Hijo, cerca está la plaza  
adonde echaremos luego  
en mitad del vivo fuego  
el peso que te embaraza.

(Vase LA MUJER y EL NIÑO, y quedan los dos.)

NUMANTINO 1.º

Apenas puede ya mover el paso  
la sin ventura madre desdichada,  
que, en tan estraño y lamentable caso,  
se ve de dos hijuelos rodeada.

NUMANTINO 2.º

Todos, al fin, al doloroso paso  
vendremos de la muerte arrebatada.  
Mas, moved vos, hermano, agora el vuestro,  
a ver qué ordena el gran senado nuestro.

**JORNADA CUARTA**

(Tocan al arma con gran priesa, y a este rumor sale CIPIÓN, y JUGURTA, y MARIO, alborotados.)

CIPIÓN.

¿Qué es esto, capitanes? ¿Quién nos toca al arma en tal sazón? ¿Es por ventura alguna gente desmandada y loca, que viene a demandar su sepultura? Mas no sea algún motín el que provoca tocar al arma en recia coyuntura, que tan seguro estoy del enemigo, que tengo más temor al que es amigo.

(Sale QUINTO FABIO con la espada desnuda, y dice:)

FABIO.

Sosiega el pecho, general prudente que ya de esta arma la ocasión se sabe, puesto que ha sido a costa de tu gente, de aquella en quien más brío o fuerza cabe. Dos numantinos, con soberbia frente, cuyo valor será razón se alabe, saltando el ancho foso Y la muralla, han movido a tu campo cruel batalla. A las primeras guardas embistieron, en medio de mil lanzas se arrojaron, y con tal furia y rabia arremetieron que libre paso al campo les dejaron: Las tiendas de Fabricio acometieron. Allí su fuerza y su valor mostraron de modo que en punto seis soldados fueron de agudas puntas traspasados. No con tanta presteza el rayo ardiente pasa, rompiendo el aire en presto vuelo, ni tanto la cometa reluciente se muestra ir presurosa por el cielo, como estos dos por medio de tu gente pasaron, colorando el duro suelo con la sangre romana que sacaban sus espadas doquiera que llegaban. Queda Fabricio traspasado el pecho, abierta la cabeza tiene Eracio, Olmida ya perdió el brazo derecho, y de vivir le queda poco espacio. Fuele ansimismo poco de provecho

la ligereza al valeroso Estacio,  
pues el correr al numantino fuerte  
fue abreviar el camino de la muerte.  
Con presta diligencia discurriendo  
iban de tienda en tienda, hasta que hallaron  
un poco de bizcocho, el cual cogiendo,  
el paso, y no el furor, atrás tornaron;  
el uno de ellos escapó huyendo,  
al otro mil espadas le acabaron,  
por donde infiero que la hambre ha sido  
quien les dio atrevimiento tan subido.

#### CIPIÓN.

Si estando deshambrios y encerrados  
muestran tan demasiado atrevimiento  
¿qué hicieran siendo libres, y enterados  
en sus fuerzas primeras y ardimiento?  
¡Indómitos! ¡Al fin seréis domados,  
porque contra el furor vuestro violento  
se tiene de poner la industria nuestra,  
que de domar soberbios es maestra!

(Vanse todos, y sale MARANDRO herido y lleno de sangre, con una cesta de pan.)

#### MARANDRO.

¿No vienes, Leoncio? Di,  
¿qué es esto, mi dulce amigo?  
Si tú no vienes conmigo,  
¿cómo vengo yo sin ti?  
Amigo que te has quedado,  
amigo que te quedaste,  
no eres tú el que me dejaste,  
sino yo el que te he dejado.  
¿Que es posible que ya dan  
tus carnes despedazadas  
señales averiguadas  
de lo que cuesta este pan,  
y es posible que la herida  
que a ti te dejó difunto  
en aquel instante y punto,  
no me acabó a mí la vida?  
No quiso el hado cruel  
acabarme en paso tal,  
por hacerme a mí más mal  
y hacerte a ti más fiel.  
Tú, al fin, llevarás la palma

de más verdadero amigo,  
yo a desculparme contigo  
enviaré bien presto el alma,  
y tan presto, que el afán  
a morir me lleva y tira,  
en dando a mi dulce Lira  
este tan amargo pan,  
pan ganado de enemigos,  
pero no ha sido ganado  
sino con sangre comprado  
de dos sin ventura amigos.

(Sale LIRA con alguna ropa para echalla en el fuego, y dice:)

LIRA.  
¿Qué es esto que ven mis ojos?

MARANDRO.  
Lo que presto no verán,  
según la priesa se dan  
de acabarme mis enojos.  
Ves aquí, Lira, cumplida  
mi palabra y mis porfías  
de que tú no morirías  
mientras yo tuviese vida.  
Y aun podré mejor decir  
que presto vendrás a ver  
que a ti te sobra el comer,  
y a mí me falta el vivir.

LIRA.  
¿Qué dices, Marandro amado?

MARANDRO.  
Lira, que acates la hambre,  
entretanto que la estambre  
de mi vida corta el hado.  
Pero mi sangre vertida,  
y con este pan mezclada,  
te ha de dar, mi dulce amada,  
triste y amarga comida.  
Ves aquí el pan que guardaban  
ochenta mil enemigos,  
que cuesta de dos amigos  
las vidas que más amaban.  
Y porque lo entiendas cierto

y cuánto tu amor merezco,  
ya yo, señora, perezco,  
y Leoncio está ya muerto.  
Mi voluntad sana y justa  
recíbela con amor,  
que es la comida mejor  
y de que el alma más gusta.  
Y pues en tormenta y calma  
siempre has sido mi señora,  
recibe este cuerpo agora  
como recibiste el alma.

(Cáese muerto y recógle en las faldas o regazo LIRA.)

LIRA.

Marandro, dulce bien mío,  
¿qué sentís, o qué tenéis?,  
¿cómo tan presto perdéis  
vuestro acostumbrado brío?  
Mas, ¡ay triste, sin ventura,  
que ya está muerto mi esposo!  
¡Oh caso el más lastimoso  
que se vio en la desventura!  
¿Quién os hizo, dulce amado,  
con valor tan excelente,  
enamorado y valiente,  
y soldado desdichado?  
Hicistes una salida,  
esposo mío, de suerte  
que, por escusar mi muerte,  
me habéis quitado la vida.  
¡Oh pan, de la sangre lleno  
que por mí se derramó!,  
no te tengo en cuenta, no  
de pan, sino de veneno.  
No te llegaré a mi boca  
por poderme sustentar,  
si ya no es para besar  
esta sangre que te toca.

(Entra UN MUCHACHO, hermano de LIRA, hablando desmayadamente.)

MUCHACHO.

Lira, hermana, ya espiró  
mi madre, y mi padre está  
en términos que ya, ya

morirá, cual muero yo.  
La hambre los ha acabado.  
Hermana mía, ¿pan tienes?  
¡Oh pan, y cuán tarde vienes,  
que no hay ya pasar bocado!  
Tiene la hambre apretada  
mi garganta en tal manera,  
que aunque este pan agua fuera,  
no pudiera pasar nada.  
Tómalo, hermana querida,  
que por más crecer mi afán,  
veo que me sobra el pan  
cuando me falta la vida.  
(Cáese muerto.)

LIRA.

¿Espiraste, hermano amado?  
Ni aliento, ni vida tiene.  
¡Bueno es el mal cuando viene  
sin venir acompañado!  
Fortuna, ¿por qué me aquejas  
con un daño y otro junto,  
y por que en un solo punto  
guérfana y viuda me dejas?  
¡Oh duro escuadrón romano!  
¡Cómo me tiene tu espada  
de dos muertos rodeada,  
uno esposo y otro hermano!  
¿A cuál volveré la cara  
en este trance importuno,  
si en la vida cada uno  
fue prenda del alma cara?  
¡Dulce esposo, hermano tierno!,  
yo os igualaré en quereros,  
porque pienso presto veros  
en el cielo o en el infierno.  
En el modo de morir  
a entrambos he de imitar,  
porque el hierro ha de acabar  
y la hambre, mi vivir.  
Primero daré a mi pecho  
una daga que este pan;  
que a quien vive con afán  
es la muerte de provecho.  
¿Qué aguardo? ¡Cobarde estoy!  
Brazo, ¿ya os habéis turbado?

¡Dulce esposo, hermano amado,  
esperadme, que ya voy!

(Sale UNA MUJER huyendo, y tras ella UN SOLDADO NUMANTINO con una daga para matalla.)

MUJER.

Eterno padre, Júpiter piadoso,  
¡favorecedme en tan adversa suerte!

SOLDADO

Aunque más lleves vuelo presuroso,  
mi dura mano te dará la muerte.  
(Éntrase la mujer.)

LIRA.

El hierro duro, el brazo belicoso,  
contra mí, buen soldado, le convierte.  
Deja vivir a quien la vida agrada,  
y quítame la mía, que me enfada.

SOLDADO.

Puesto que es el decreto del senado  
que ninguna mujer quede con vida,  
¿cuál será el brazo o pecho acelerado  
que en ese hermoso vuestro dé herida?  
Yo, señora, no soy tan mal mirado  
que me aprecie de ser vuestro homicida.  
Otra mano, otro hierro ha de acabaros,  
que yo sólo nací para adoraros.

LIRA.

Esa piedad que quies usar conmigo,  
valeroso soldado, yo te juro,  
y al alto cielo pongo por testigo,  
que ya la estimo por rigor muy duro.  
Tuviérate yo entonces por amigo,  
cuando con pecho y ánimo seguro  
este mío afligido traspasaras,  
y de la amarga vida me privaras.  
Pero, pues quies mostrarte piadoso,  
tan en daño, señor, de mi contento,  
muéstralo agora en que a mi triste esposo  
demos el funeral y último asiento,  
también a este mi hermano, que en reposo  
yace, ya libre del vital aliento.

Mi esposo feneció por darme vida,  
de mí hermano la hambre fue homicida.

SOLDADO.

Hacer yo lo que mandas está llano,  
con condición que en el camino cuentes  
quién a tu buen esposo y caro hermano  
trajo a los postrimeros accidentes.

LIRA.

Amigo, ya el hablar no está en mi mano.

SOLDADO

¿Que tan al cabo estás? ¿Qué tal te sientes?  
Lleva a tu hermano que es menos carga,  
y yo a tu esposo, que es más peso y carga.

(Llevan los cuerpos, y sale una mujer, armada con una lanza en la mano y un escudo, que significa LA GUERRA, y trae consigo LA ENFERMEDAD y LA HAMBRE: La Enfermedad arrimada a una muleta, y rodeada de paños la cabeza, con una máscara amarilla; y La Hambre saldrá con un desnudillo de muerte, y encima una ropa de bocací amarilla, y una máscara descolorida.)

GUERRA.

Hambre y Enfermedad, ejecutoras  
de mis terribles mandos y severos,  
de vidas y salud consumidoras,  
con quien no vale ruego, mando o fueros,  
pues ya mi intención sois sabidoras,  
no hay para qué de nuevo encareceros  
de cuánto gusto me será y contento,  
que luego luego hagáis mi mandamiento.  
La fuerza incontrastable de los hados,  
cuyos efectos nunca salen vanos,  
me fuerza a que de mí sean ayudados  
estos sagaces mílites romanos.  
Ellos serán un tiempo levantados,  
y abatidos también estos hispanos.  
Pero también vendrá en que yo me mude  
y dañe al alto, y al pequeño ayude.  
Que yo, que soy la poderosa Guerra,  
de tantas madres detestada en vano,  
aunque quien me maldice a veces yerra,  
pues no sabe el valor de esta mi mano,  
sé bien que en todo el orbe de la tierra  
seré llevada del valor hispano,



en la dulce ocasión que estén reinando  
un Carlos, y un Filipo y un Fernando

#### ENFERMEDAD.

Sí ya la Hambre, nuestra amiga fida,  
no hubiera tomado con instancia  
a su cargo de ser fiera homicida  
de todos cuantos viven en Numancia,  
fuera de mí tu voluntad cumplida,  
de modo que se viera la ganancia  
fácil y rica que el romano hubiera,  
harto mejor de aquello que se espera.  
Mas ella, en cuanto su poder alcanza,  
ya tiene tal el pueblo numantino,  
que de esperar alguna buena andanza  
le ha tomado las sendas y el camino.  
Mas del furor la rigurosa lanza  
y la influencia del contrario sino  
le trata con tan áspera violencia  
que no es menester hambre ni dolencia.  
El Furor y la Rabia, tus secuaces,  
han tomado en su pecho tal asiento  
que cual si fuese de romanas haces,  
cada cual de su sangre está sediento.  
Muertos, incendios, iras son sus paces;  
en el morir han puesto su contento,  
y por quitar el triunfo a los romanos,  
ellos mismos se matan con sus manos.

#### HAMBRE.

Volved los ojos, y veréis ardiendo  
de la ciudad los encumbrados techos.  
Escuchad los suspiros que saliendo  
van de mil tristes lastimados pechos,  
oid la voz y lamentable estruendo  
de bellas damas a quien, ya deshechos  
los tiernos miembros en ceniza y fuego,  
no valen padre, amigo, amor, ni ruego.  
Cual suelen las ovejas descuidadas,  
siendo del fiero lobo acometidas,  
andar aquí y allí descarriadas  
con temor de perder las simples vidas,  
tal niños y mujeres desdichadas,  
viendo ya las espadas homicidas  
andan de calle en calle, ¡oh hado insano!,  
su cierta muerte dilatando en vano.

Al pecho de la amada y nueva esposa  
traspasa del esposo el hierro agudo;  
contra la madre, nunca vista cosa,  
se muestra el hijo de piedad desnudo,  
y contra el hijo el padre, con rabiosa  
clemencia, levantado el brazo crudo,  
rompe aquellas entrañas que ha engendrado.  
quedando satisfecho y lastimado.  
No hay plaza, no hay rincón, no hay calle o casa,  
que de sangre y de muertos no esté llena.  
El hierro mata, el duro fuego abrasa,  
y el rigor ferocísimo condena:  
Presto veréis, que por el suelo rasa  
está la más subida y alta almena,  
y las casas y templos más preciados  
en polvo y en ceniza son tornados.  
Venid, veréis que en los amados cuellos  
de tiernos hijos y mujer querida,  
Teógenes afila y prueba en ellos  
de su espada el cruel corte homicida,  
y cómo ya, después de muertos ellos,  
estima en poco la cansada vida,  
buscando de morir un modo extraño  
que causó con el suyo más de un daño.

#### GUERRA.

Vamos, pues, y ninguno se descuide  
de ejecutar por eso aquí su fuerza,  
y a lo que digo sólo atienda y cuide,  
sin que de mi intención un punto tuerza.

(Vanse, y sale TEÓGENES con DOS Hijos pequeños y UNA HIJA y SU MUJER.)

#### TEÓGENES.

Cuando el paterno amor no me detiene  
de ejecutar la furia de mi intento,  
considerad, mis hijos, cuál me tiene  
el celo de mi honroso pensamiento.  
Terrible es el dolor que se previene  
con acabar la vida en fin violento,  
y más el mío, pues al hado plugo  
que ya sea de vosotros cruel verdugo.  
No quedaréis, ¡oh hijos de mi alma!,  
esclavos, ni el romano poderío  
llevará de vosotros triunfo o palma,  
por más que a sujetarnos alce el brío.

El camino más llano que la palma  
de nuestra libertad el cielo pío  
nos ofrece y nos muestra, y nos advierte  
que sólo está en las manos de la muerte.  
Ni vos, dulce consorte, amada mía,  
os veréis en peligros que romanos  
pongan en vuestro pecho y gallardía  
los vanos ojos y las fieras manos.  
Mi espada os sacará de esta agonía,  
y hará que sus intentos salgan vanos,  
pues por más que codicia les atiza,  
triunfarán de Numancia hecha ceniza.  
Yo soy, consorte amada, el que primero  
di el parecer que todos pereciésemos  
antes que al insufrible desafuero  
del romano poder sujetos fuésemos,  
y en el morir no pienso ser postrero,  
ni lo serán mis hijos.

MUJER.

Si pudiésemos  
escaparnos, señor, por otra vía,  
¡el cielo sabe si me holgaría!  
Mas, pues no puede ser, según yo veo,  
y está ya mi muerte tan cercana,  
lleva de nuestras vidas tú el trofeo,  
y no la espada pérfida romana.  
Mas, ya que he de morir, morir deseo  
en el sagrado templo de Diana.  
Allá nos lleva, buen señor, y luego  
entréganos al hierro, al lazo y fuego.

TEÓGENES.

Ansí se haga, y no nos detengamos,  
que ya a morir me incita el triste hado.

HIJO.

Madre, ¿por qué lloráis? ¿Adónde vamos?  
Teneos, que andar no puedo de cansado.  
Mejor será, mi madre, que comamos,  
que la hambre me tiene fatigado.

MADRE.

Ven en mis brazos, hijo de mi vida,  
do te daré la muerte por comida.

(Vanse luego, y salen dos muchachos huyendo, y el uno de ellos ha de ser el que se arroja de la torre, que se llama BARIATO, y el otro SERVIO.)

BARIATO.

¿Por dónde quieres que huyamos, Servio?

SERVIO.

¿Yo? Por do quisieres.

BARIATO.

Camina. ¡Qué flaco eres!

Tú ordenas que aquí muramos.

¿No ves, triste, que nos siguen  
dos mil hierros por matarnos?

SERVIO.

Imposible es escaparnos  
de aquellos que nos persiguen.

Mas, di, ¿qué piensas hacer,  
o qué medio hay que nos cuadre?

BARIATO.

A una torre de mi padre  
me pienso ir a esconder.

SERVIO.

Amigo, bien puedes irte,  
que yo estoy tan flaco y laso  
de hambre que un solo paso  
no puedo dar, ni seguirte.

BARIATO.

¿No quieres venir?

SERVIO.

No puedo.

BARIATO.

Si no puedes caminar,  
ahí te habrá de acabar  
la hambre, la espada o miedo.

Yo voyme, que ya temo  
lo que el vivir desbarata,  
o que la espada me mata,  
o que en el fuego me quemó.

(Vase el muchacho a la torre, y queda SERVIO, y sale TEÓGENES con dos espadas desnudas y ensangrentadas las manos, y como Servio le ve, huye y éntrase, y dice TEÓGENES:)

TEÓGENES.

Sangre de mis entrañas derramada,  
pues sois aquélla de los hijos míos,  
mano contra ti mesma acelerada  
Heno de honrosos y crueles bríos,  
fortuna en daño mío conjurada,  
cielos, de justa piedad vacíos,  
ofrecedme en tan dura amarga suerte  
alguna honrosa aunque cercana muerte.  
Valientes numantinos, haced cuenta  
que yo soy algún pérfido romano,  
y vengad en mi pecho vuestra afrenta,  
ensangrentando en él espada y mano.  
Una de estas espadas os presenta  
mi airada furia y mi dolor insano,  
que, muriendo en batalla, no se siente  
tanto el rigor del último accidente.  
El que privare del vital sosiego  
al otro, por señal de beneficio,  
entregue el desdichado cuerpo al fuego,  
que éste será bien piadoso oficio.  
Venid. ¿Qué? ¿Os detenéis? Acudid luego,  
haced ya de mi vida sacrificio,  
y esta terneza que tenéis de amigos  
volved en rabia y furia de enemigos.

(Sale UN NUMANTINO y dice:)

NUMANTINO.

¿A quién, fuerte Teógenes, invocas?  
¿Qué nuevo modo de morir procuras?  
¿Para qué nos incitas y provocas  
a tantas desiguales desventuras?

TEÓGENES.

Valiente numantino, si no apocas  
con el miedo tus bravas fuerzas duras,  
toma esta espada, y mátate conmigo  
así como si fuese tu enemigo,  
que esta manera de morir me place,  
en este trance, más que no otra alguna.

NUMANTINO.

También a mí me agrada y satisface,  
pues que lo quiere así nuestra fortuna.  
Mas vamos a la plaza adonde yace  
la hoguera a nuestras vidas importuna,  
porque el que allí venciere pueda luego  
entregar al vencido al duro fuego.

TEÓGENES.

Bien dices, y camina, que se tarda  
el tiempo de morir como deseo,  
ora me mate el hierro, el fuego me arda,  
que gloria y honra en cualquier muerte veo.

(Vanse, y sale CIPIÓN, y JUGURTA, y QUINTO FABIO, y MARIO, y HERMILIO, y LIMPIO, y otros SOLDADOS)

CIPIÓN.

Si no me engaña el pensamiento mío,  
o salen mentirosas las señales  
que habéis visto en Numancia del estruendo  
y lamentable son y ardiente llama,  
sin duda alguna que recelo y temo  
que el bárbaro furor del enemigo  
contra su propio pecho no se vuelva.  
Ya no parece gente en la muralla  
ni suenan las usadas centinelas.  
Todo está en calma y en silencio puesto,  
como si en paz tranquila y sosegada  
estuviesen los fieros numantinos.

MARIO.

Presto podrás salir de aquesa duda,  
porque, si tú lo quieres, yo me ofrezco  
de subir sobre el muro, aunque me ponga  
al riguroso trance que se ofrece,  
sólo por ver aquello que en Numancia  
hacen nuestros soberbios enemigos.

CIPIÓN.

Arrima, pues, ¡oh Mario! alguna escala  
a la muralla, y haz lo que prometes.

MARIO.

Id por la escala luego, y vos, Hermilio,  
haced que mi rodela se me traiga,  
y la celada blanca de las plumas.  
Que a fe que tengo de perder la vida

o sacar de esta duda al campo todo.

HERMILIO.

Ves aquí la rodela y la celada;  
la escala vesla allí, la trajo Limpio.

MARIO.

Encomendadme a Júpiter inmenso,  
que yo voy a cumplir lo prometido.

CIPIÓN.

Alza más alta la rodela, Mario,  
encoge el cuerpo, y cubre la cabeza.  
¡Ánimo!, que ya llegas a lo alto.  
¿Qué ves?

MARIO.

¡Oh santos dioses! y ¿qué es esto?

JUGURTA.

¿De qué te admiras?

MARIO.

De mirar de sangre  
un rojo lago, y de ver mil cuerpos  
tendidos por las calles de Numancia,  
de mil agudas puntas traspasados.

CIPIÓN.

¡Qué! ¿No hay ninguno vivo?

MARIO.

Ni por pienso:  
a lo menos, ninguno se me ofrece  
en todo cuanto alcanzo con la vista.

CIPIÓN.

Salta, pues, dentro, y mira, por tu vida.  
Síguele tú también, Jugurta amigo.

(Salta MARIO en la ciudad.)

Mas sígámosle todos.

JUGURTA.

No conviene

al oficio que tienes esta impresa.  
Sosiega el pecho, general, y espera  
que Mario vuelva, o yo, con la respuesta  
de lo que pasa en la ciudad soberbia.  
Tened bien esa escala. ¡Oh cielos justos!  
¡O cuán triste espectáculo y horrendo  
se me ofrece a la vista! ¡O caso extraño!  
Caliente sangre baña todo el suelo,  
cuerpos muertos ocupan plaza y calles.  
Dentro quiero saltar y verlo todo.

(Salta JUGURTA en la ciudad.)

FABIO.

Sin duda que los fieros numantinos,  
del bárbaro furor suyo incitados,  
viéndose sin remedio de salvarse,  
antes quisieron entregar las vidas  
al filo agudo de sus propios hierros  
que no a las vencedoras manos nuestras,  
aborrecidas de ellos lo posible.

CIPIÓN.

Con uno solo que quedase vivo  
no se me negaría el triunfo en Roma  
de haber domado esta nación soberbia,  
enemiga mortal de nuestro nombre,  
constante en su opinión, presta, arrojada  
al peligro mayor y duro trance,  
de quien jamás se alabará romano  
que vio la espalda vuelta a numantino,  
cuyo valor, cuya destreza en armas  
me forzó con razón a usar el medio  
de encerrillos cual fieras indomables,  
y triunfar de ellos con industria y maña  
pues era con las fuerzas imposible.  
Pero ya me parece vuelve Mario.

(Torna a salir MARIO por la muralla, dice:)

MARIO.

En balde, ilustre general prudente,  
han sido nuestras fuerzas ocupadas,  
en balde te has mostrado diligente,  
pues en humo y en viento son tornadas  
las ciertas esperanzas de vitoria,



de tu industria contino aseguradas.  
El lamentable fin y triste historia  
de la ciudad invicta de Numancia  
merece ser eterna en la memoria.  
Sacado han de su pérdida ganancia,  
quitado te han el triunfo de las manos,  
muriendo con magnánima constancia.  
Nuestros disinios han salido vanos,  
pues ha podido más su honroso intento  
que toda la potencia de romanos.  
El fatigado pueblo, en fin violento  
acabó la miseria de su vida,  
dando triste remate al largo cuento.  
Numancia está en un lago convertida  
de roja sangre y de mil cuerpos llena,  
de quien fue su rigor propio homicida.  
De la pesada y sin igual cadena  
dura de esclavitud se han escapado  
con presta audacia, de temor ajena.  
En medio de la plaza levantado  
está un ardiente fuego temeroso,  
de sus cuerpos y haciendas sustentado.  
A tiempo llegué a verlo, que el furioso  
Teógenes, valiente numantino,  
de fenecer su vida deseoso,  
maldiciendo su corto amargo sino,  
en medio se arrojaba de la llama,  
lleno de temerario desatino,  
y al arrojarse, dijo: «¡Clara fama,  
ocupa aquí tus lenguas y tus ojos  
en esta hazaña que a contar te llama!  
¡Venid, romanos, ya por los despojos  
de esta ciudad, en polvo y humo vueltos  
y sus flores y frutos en abrojos!»  
De allí, con pies y pensamientos sueltos  
gran parte de la tierra he rodeado,  
por las calles y pasos más revueltos,  
y un solo numantino no he hallado  
que poderte traer vivo siquiera,  
para que fueras de él bien informado  
por qué ocasión, de qué suerte o manera  
cometieron tan grande desvarío,  
apresurando la mortal carrera.

CIPIÓN.

¿Estaba, por ventura, el pecho mío

de bárbara arrogancia y muertes lleno,  
y de piedad justísima vacío?  
¿Es de mi condición, por dicha, ajeno  
usar benignidad con el rendido,  
como conviene al vencedor que es bueno?  
¡Mal, por cierto, tenían conocido  
el valor, en Numancia, de mi pecho,  
para vencer y perdonar nacido!

FABIO.

Jugurta te hará más satisfecho,  
señor, de aquello que saber deseas,  
que vesle, vuelve lleno de despecho.

(Torna JUGURTA por la misma muralla.)

JUGURTA.

Prudente general, en vano empleas  
más aquí tu valor; vuelve a otra parte  
la industria singular de que te arreas.  
No hay en Numancia cosa en que ocuparte.  
Todos son muertos ya; solo uno creo  
que queda vivo, para el triunfo darte,  
allí en aquella torre, según veo;  
yo vi denantes un muchacho; estaba  
turbado en vista, y de gentil arreo.

CIPIÓN.

Si eso fuese verdad, eso bastaba  
para triunfar en Roma de Numancia,  
que es lo que más agora deseaba.  
Llegémonos allá, y haced instancia  
cómo el muchacho vuelva... a nuestras manos  
vivo, que es lo que agora es de importancia.

(Dice BARIATO, muchacho, desde la torre:)

BARIATO.

¿Dónde venís, o qué buscáis, romanos?  
Si en Numancia queréis entrar por suerte,  
haréislo sin contraste, a pasos llanos.  
Pero mi lengua desde aquí os advierte  
que yo las llaves mal guardadas tengo  
de esta ciudad, de quien triunfó la muerte.

CIPIÓN.

Por ésas, joven, deseoso vengo,  
y más de que tú hagas experiencia,  
si en este pecho piedad sostengo.

BARIATO.

Tarde, cruel, ofreces tu clemencia,  
pues no hay en quien usarla; que yo quiero  
pasar por el rigor de la sentencia,  
que, con suceso amargo y lastimero,  
de mis padres y patria tan querida  
causó el último fin terrible y fiero.

FABIO.

Dime, ¿tienes por suerte aborrecida,  
ciego de un temerario desvarío,  
tu floreciente edad, tu tierna vida?

CIPIÓN.

Templa, pequeño joven, templa el brío,  
sujeta el valor tuyo que es pequeño  
al mayor de mi honroso poderío;  
que desde aquí te doy mi fe, y empeño  
mi palabra, que solo de ti seas  
tú mismo propio y conocido dueño,  
y que de ricas joyas y preseas  
vivas, lo que vivieres, abastado,  
como yo podré darte y tú desees  
si a mí te entregas, y te das de grado.

BARIATO.

Todo el furor de cuantos ya son muertos  
en este pueblo, en polvo reducido,  
todo el huir los pactos y conciertos,  
sus iras y rencores descubiertos,  
está en mi pecho todo junto unido.  
Yo heredé de Numancia todo el brío;  
ved si pensar vencerme, es desvarío.  
Patria querida, pueblo desdichado,  
no temas ni imagines que me admire  
de lo que debo hacer, en ti engendrado,  
ni que promesa o miedo me retire,  
ora me falte el suelo, el cielo, el hado,  
ora a vencerme todo el mundo aspire,  
que imposible será que yo no haga  
a tu valor la merecida paga;  
que si a esconderme aquí me trujo el miedo

de la cercana y espantosa muerte,  
ella me sacará con más denuedo,  
con el deseo de seguir tu suerte,  
Del vil temor pasado, como puedo,  
será la enmienda agora osada y fuerte,  
y el temor de mi edad tierna, inocente,  
pagaré con morir osadamente.  
Yo os aseguro, ¡oh fuertes ciudadanos!,  
que no falte por mí la intención vuestra  
de que no triunfen pérfidos romanos,  
si ya no fuere de ceniza nuestra.  
Saldrán conmigo sus intentos vanos,  
ora levanten contra mí su diestra,  
o me aseguren, con promesa incierta,  
a vida y a regalos ancha puerta.  
Tened, romanos, sosegad el brío,  
y no os canséis en asaltar el muro.  
Con que fuera mayor el poderío  
vuestro, de no vencerme os aseguro.  
Pero muéstrese ya el intento mío,  
y si ha sido el amor perfeto y puro  
que yo tuve a mi patria tan querida,  
asegúrelo luego esta caída.

(Aquí se arroja de la torre, y dice CIPIÓN:)

CIPIÓN.

¡Oh nunca vi tan memorable hazaña,  
niño de anciano y valeroso pecho,  
que no sólo a Numancia, mas a España  
has adquirido gloria en este hecho!  
Con tu viva virtud y heroica, estraña,  
queda muerto y perdido mi derecho.  
Tú con esta caída levantaste  
tu fama, y mis vitorias derribaste.  
Que fuera aun viva y en su ser Numancia,  
sólo porque vivieras, me holgara.  
Tú sólo me has llevado la ganancia  
de esta larga contienda, ilustre y rara.  
Lleva, pues, niño, lleva la ganancia  
y la gloria que el cielo te prepara,  
por haber, derribándote, vencido  
al que, subiendo, queda más caído.

(Suenan una trompeta, y sale LA FAMA.)

FAMA.

Vaya mi clara voz de gente en gente,  
y en dulce y süavísimo sonido  
llene las almas de un deseo ardiente  
de eternizar un hecho tan subido.  
Alzad, romanos, la inclinada frente,  
llevad de aquí este cuerpo, que ha podido  
en tan pequeña edad arrebatáros  
el triunfo que pudiera tanto honraros,  
que yo, que soy la Fama pregonera,  
tendré cuidado, en cuanto el alto cielo  
moviere el paso en la subida esfera,  
dando fuerza y vigor al bajo suelo,  
de publicar con lengua verdadera,  
con justo intento y presuroso vuelo,  
el valor de Numancia, único, solo,  
de Batro a Tile, de uno a el otro polo.  
Indicio ha dado esta no vista hazaña  
del valor que en los siglos venideros  
tendrán los hijos de la fuerte España,  
hijos de tales padres herederos.  
No de la muerte la feroz guadaña,  
ni los cursos de tiempos tan ligeros,  
harán que de Numancia yo no cante  
el fuerte brazo y ánimo constante.  
Hallo sola en Numancia todo cuanto  
debe con justo título cantarse,  
y lo que puede dar materia al canto,  
para poder mil siglos ocuparse:  
La fuerza no vencida, el valor tanto,  
digno de en prosa y verso celebrarse.  
Mas, pues de esto se encarga la memoria,  
demos feliz remate a nuestra historia.

FINIS